
El MUNDO DE LOS SERES CONDENADOS
J. NEGRI O'HARA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
José Luis


J. NEGRI O'HARA
EL MUNDO DE LOS SERES CONDENADOS
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



J. NEGRI OHARA

EL MUNDO DE LOS SERES CONDENADOS

CAPITULO PRIMERO

"Viajero espacial"

LA última convulsión del subsuelo había cesado con fragor de tormenta lejana. Un pequeño surtidor de ardiente lava brotó de la grieta producida junto a Klens, y éste notó la quemazón en la epidermis.

Dio un brusco salto ante la sensación desconocida y utilizó el proyector en dirección a la fisura. La sustancia disparada solidificó instantáneamente, creando una costra petrificada que obturó por completo la abertura.

Luego, Klens, observó los efectos de la quemadura en su piel. Nada de importancia. Tan solo una roja señal que le originaba un molesto escozor.

Todas aquellas sensaciones eran nuevas para él. Hasta aquel momento no había podido percibirlas totalmente.

Hallábase dispuesto para la gran prueba. Ya se lo habían advertido los científicos. Todo estaba a punto para iniciar su salida al espacio exterior.

Klens había sido preparado para ello casi desde que sus moléculas fueron adquiriendo cohesión. Sin planes concretos. Considerándolo únicamente como un monstruoso embrión destinado a una prueba.

Posteriormente sobrevino aquel valioso hallazgo que precipitó los planes. Aún recordaba Klens el regreso de aquella nave espacial transportando al extraño ser de otro mundo, cazado en la órbita de un satélite donde se hallaba aprisionado con su extraño artefacto. Fue una afortunada circunstancia aquélla para el ser de débiles pupilas y monstruosa boca. De no haber sido hallado por la nave espacial, habría quedado en órbita hasta su destrucción.

Pero aquella circunstancia también dio a los científicos la seguridad de lo que hasta entonces solo fueron conjeturas. La estrella lejana de azulados reflejos estaba habitada. Habitada por seres como aquél y por otros de distintas especies.

El ser recogido por los pilotos espaciales había sido sometido a toda clase de reconocimientos. Fueron investigadas sus reacciones, estructura, materias que le alimentaban y los elementos que le resultaban beneficiosos. Y también los perjudiciales...

Poseía condiciones vitales y principalísimas para ser aprovechadas por los científicos en beneficio de su mundo.

Y entonces fue cuando Klens hubo de ser utilizado. Su labor consistió en ir introvertiéndose en aquel individuo, molécula por molécula, hasta quedar totalmente convertido en el otro. Con sus reacciones y todo lo demás. Endopatía.

Fue labor que requirió algún tiempo. Mas al fin, Klens quedó transformado en el extraño de boca monstruosa y delicada piel que llegara del lejano mundo.

Al quedar esto conseguido, exigió crear la cámara de atmósfera artificial donde pudiera vivir sin molestias ni peligros.

Los científicos estaban en continuo contacto con él a través de la plancha transparente que le aislaba de la atmósfera exterior.

Había conservado, sin embargo, algunas de sus facultades inherentes, y para las que no estaba adaptado aquel otro ser que ahora usurpaba Klens. Podía, por ejemplo, alimentarse sencillamente de polvo durante un tiempo incalculable y, desde luego, abandonar aquella envoltura cada vez que lo considerase necesario.

Cuando Klens se hubo examinado la quemadura comprobando que no era nada grave, tomó algunas de las pastas alimenticias que regularmente le pasaban, y dio varios pasos por el reducido recinto socavado en la roca viva.

No sentía inquietud alguna por el decisivo momento que se aproximaba.

Sabía que en el exterior, en la gran explanada de ceniza, aguardaba la nave espacial destinada a transportarle a la atmósfera exterior del planeta azul. Sería lanzado entonces, y, desde aquel momento, quedaría por completo a su libre iniciativa. Ya solo tendría que intentar dar fin a la misión encomendada.

Y ésta consistía, ni más ni menos, que en orientar a los habitantes de aquel planeta desconocido para que consiguieran llegar al mundo de Klens. Facilitarles, en una palabra, la forma de viajar con seguridad por el espacio.

Conseguido esto, los científicos sabían que nada frenaría a aquellos seres para llegar hasta Yussi, el mundo de los hombres sentenciados. Y su llegada constituiría la salvación de muchos de ellos... Los habitantes de la estrella azul poseían células globulares inapreciables para la vida de los yussianos. Precisamente en el líquido pastoso que circulaba por todos ellos...

En aquel momento llegaron hasta el límite transparente las gelatinosas formas de tres científicos. Sus achatadas cabezas quedaron como adheridas a la plancha, mostrando los pequeños orificios de sus bocas.

El silbido de una voz llegó hasta Klens. Estaba emitido en ondas penetrantes capaces de filtrarse por el transparente.

—¿Estás dispuesto, Klens?—le preguntaron.

—Lo estoy—respondió éste de igual manera—. ¿Cuándo?

—Todo está a punto. Ahora será abierto el túnel de atmósfera artificial que te conducirá a la nave. Confiamos en ti.

—Pueden hacerlo. Espero no fracasar si consigo llegar con vida a ese planeta.

—Será fácil para ti, Klens. Escucha ahora atentamente.

Klens prestó mayor atención.

—¿Has dominado su lenguaje?—silbó el científico.

—Puedo expresar mis ideas en la lengua de esos seres—replicó Klens —. Sus reflejos me lo permiten.

Emitió a continuación una serie de sonidos guturales, labiales y linguales que obligaron a los científicos a poner en juego sus sentidos perceptores de penetración. Se miraron entre sí satisfechos.

—Bien—cortó el que antes hablara—. Nos parece suficiente. Serás conducido hasta la atmósfera superior de ese planeta, Klens. La capa superior es riquísima en un gas extraordinariamente inflamable. Ya sabes lo que has de hacer. Cuándo llenes la cámara de gas pesado se iniciará el descenso. Pon en juego los retentores al hallarte cerca de la masa sólida. Llegarás suavemente y con seguridad.

—Conforme. Ya lo practiqué durante las experimentaciones.

Otro de los científicos intervino.

—Cabe otra eventualidad—opinó—. Elude en lo posible caer en la masa líquida que cubre gran parte de ese mundo. Mas si no puedes evitarlo, elimina rápidamente el gas pesado y llena la cápsula con gas ligero a presión. Ello evitará que te sumerjas. Espera entonces hasta llegar a masa firme.

—Entendido—asintió Klens.

—Los recipientes con las bacterias has de cuidarlos con toda atención. Es importantísimo.

—Así lo haré—aseguró Klens señalando los finos tubitos alojados en el cinto metálico.

—Una vez conseguido todo—habló el tercer científico—, ofrécete para tripular el primer proyectil que se lance desde allí. Para ello has de procurar que sea lanzado en el tiempo que hemos previsto. Oriéntalo hacia el satélite de la Quinta Línea. Allí serás recogido por una de nuestras naves. ¿Recuerdas los datos?

—Los recuerdo—Klens estaba deseoso de entrar en acción. Dijo rápidamente—: Cuando la elíptica llegue al punto culminante en su cuarto ciclo...

—Bien—atajó el científico—. Es elemental para ti, lo sabemos. Intenta, pues, conseguir el éxito y con él nuestra supervivencia.

Deslizó el fláccido tentáculo hacia el cuadro de resortes, y el túnel de atmósfera artificial quedó expedito.

Klens avanzó por él con el inseguro paso de autómata en equilibrio a que le obligaba la menor gravedad de Yussi.

El cuerpo en el cual vivía se estremeció de gozo al vislumbrar al final del túnel la alargada y brillante forma de la nave espacial que le aguardaba.

* * *

Ahora estaba la nave atravesando la zona de aerolitos previstos por los científicos de Yussi.

Encerrado en la cámara hermética de atmósfera artificial, Klens llevaba un tiempo indeterminado aguardando.

No era su primer vuelo espacial. Antes, durante el período anterior, había realizado algunos vuelos de exploración. Pero nunca con aquella envoltura molesta y pesada del cuerpo de otro.

Súbitamente le llegaron las rápidas y silbantes vibraciones de la voz de Suns, uno de los pilotos de la nave.

—Atención, Klens—le advirtió—. Nos aproximamos a las capas superiores de atmósfera de ese mundo. Responde si te ha llegado el aviso.

—Perfectamente. Prosigue, Suns.

—Al llegar a ella la circunvalaremos todo el tiempo que creas necesario. Tan pronto te encuentres acondicionado, esperamos tu orden.

—Bien. Ya lo indicaré.

Una extraña y desconocida excitación apoderóse de Klens al saber tan próximo el momento de su lanzamiento. ¿Qué le aguardaría allá? Fuese lo que fuese lograría vencerlo. Se sabía depositario de toda la esperanza de los científicos de Yussi, y el conocimiento de su responsabilidad lo alentó.

Colocóse con todo cuidado la vestimenta con que fuera recogido el hombre a quien ahora suplantaba. Calzó aquellas extrañas prendas y halló. que podía caminar con ellas más cómodamente. Cubrió sus extremidades con otras prendas ajustadas que restaban flexibilidad a los movimientos de los pequeños y torpes tentáculos que las terminaban.

Una sonrisa de satisfacción entreabrió la horrenda boca dotada de fuertes y potentes trocitos de materia blanca endurecida. Ahora tenía la

auténtica apariencia de aquel otro ser que llegara de un mundo ignorado.

Hizo resbalar la gran cápsula hasta colocar su agudo extremo junto a la portilla de lanzamiento. Abrió la parte posterior y se deslizó dentro de la estrecha cámara alojada en el interior de la cápsula.

Todo en un orden perfecto: las palancas que accionaban los generadores de gases en el interior de la cápsula; los expulsores, los vibradores que anunciarían la proximidad de masas sólidas y líquidas... Todo a punto.

Salió de la cámara y prendió en el cinturón el arma cuyo funcionamiento ya conocía. Tal vez en aquel mundo fuese aniquiladora, pese a que en Yussi sus efectos resultaran nulos. Era la misma arma que llevara el ser objeto de su endopatía.

Con rápida mirada comprobó en el registrador de atmósfera exterior que se hallaban sobrevolando una zona de gases ligerísimos. La atmósfera superior de aquel mundo desconocido.

Lanzó un aviso en idioma yussiano:

—Atención. Al terminar este aviso penetraré en la cápsula. Transcurridas cien líneas de ergones pueden lanzarme. ¿Entendido?

—Entendido, Klens—respondió Suns, el jefe piloto—. Cien líneas de ergones a partir de este momento. Penetramos en la segunda zona de atracción. Suerte, Klens.

Este se introdujo con rapidez en la cámara interior de la capsula. Tendido, accionó el resorte de los cierres herméticos. Hizo generarse el gas pesado que inundaría la cápsula, dejándole aislado en la cámara que ocupaba. Y esperó...

Mentalmente intentó contar las líneas que faltaban para el lanzamiento.

Cincuenta... sesenta... setenta...

De improviso, un potente impulsó movió la cápsula. Klens percibió el agudo y fugaz rechinar de toda la armazón al resbalar por la plancha de lanzamiento. Y la horrenda sensación de la velocidad del disparo le inundó como una ráfaga mortal.

Tan rápidamente como le penetró, cesó la angustiosa sensación. ¡Terminó el lanzamiento! Ahora sabía que el gas pesado le llevaba suavemente hacia abajo, frenada la fuerza de atracción por la actividad de los retentores...

El y la cápsula que lo transportaba no eran más que una minúscula burbuja flotante en la atmósfera de aquel mundo inquietante al que se dirigía.

CAPITULO II

El hombre perdido

Aquel día había sido agotador para el doctor Clayton. No obstante, aún continuaba observando obsesionado, ante el microscopio, aquellos malditos micro-organismos contenidos en los tubos de cristal.

Varios meses de continuadas investigaciones no habían dado otro resultado que amontonar fracaso tras fracaso.

Clayton tenía los ojos irritados de la intensa observación frente a las lentes. Durante aquellos meses, sin descanso, trató de clasificar aquellos gérmenes y determinar sus condiciones de vida, multiplicación y ambientes favorables y desfavorables. Y, sobre todo, el elemento o elementos eficaces para su destrucción. Esta última finalidad, precisamente, fue la que motivó el ser contratado por la Sociedad Biológica.

El doctor Clayton, pese a su juventud, estaba considerado como una autoridad mundial en Biología, y su sagaz y extraordinario talento en esta materia lo habían llevado a descubrimientos realmente notables en la especialidad. Todo su afán de estudio y sacrificios lo habían hecho acreedor a ser conocido mundialmente. El éxito coronó siempre sus esfuerzos.

Mas aquel malhadado asunto de los gérmenes cultivados dio al traste con su bien fundado crédito. A Clayton no le agradaba recordar en absoluto nada de aquello. Sin embargo, a veces no podía evitar pensar en ello. Su limpio historial había quedado manchado para siempre con aquella experiencia.

No fue culpa suya, desde luego. El Tribunal así lo reconoció finalmente. Pero, a raíz del escandaloso proceso, fue expulsado como miembro de honor de varias corporaciones científicas y aun de la cátedra de Historia Natural, que constituía, en realidad, su único medio de vida.

Y ahora, la Sociedad Mundial Biológica, reconociendo forzadamente su experiencia y conocimientos, le había encargado aquella difícil misión de estudiar aquellos gérmenes productores de la epidemia que azotaba a los nativos de aquella región.

Tentado estuvo en principio de negarse a ello. Su amor propio aún hallábase dolorido por la injusticia cometida con él. Pero algo superior a todo se lo impidió. Su espíritu tenaz, curioso, de auténtico investigador, le empujó a aceptarlo irresistiblemente.

Bien; ya llevaba unos meses de trabajo en aquel apartado lugar de África, a orillas del lago Magali. Una escolta de cinco soldados de las tropas regulares indígenas al mando de un sargento europeo; un cocinero indígena capaz de hacerlo todo bien menos la comida, y un joven servidor, también indígena, incapaz de hacer nada a derechas excepto un buen guisado, constituían su compañía.

Aparte, naturalmente, de su ayudante, la joven doctora en Biología, Norma Lodenwell, agregada voluntariamente a la misión.

Clayton dejó de mirar por el microscopio y enderezó la dolorida espalda. Echó una mirada a la joven que se hallaba en la otra mesa, observando también por un microscopio, y le ofreció la pitillera acercándose a ella.

—¿Un cigarrillo, Norma?

Ella alzó la mirada y la fijó en Clayton. Poseía un aspecto atrayente, simpático y agraciado, y unos ojos maravillosamente azules. El cabello recogido en la nuca tal vez restara un tanto de belleza a su blonda cabellera, mas dejaba al descubierto un rostro de exquisitas líneas femeninas.

Aceptó en silencio el cigarrillo y dejó que el doctor acercase la llamita del encendedor.

—¿Cansada?—indagó éste.

—Un poco—respondió Norma, sonriendo—. Ha sido una jornada muy ocupada y fatigosa.

—¿Consiguió algo?

—Hasta ahora, no. He sometido los cultivos a varias experiencias. Aquí están anotadas—señaló ligeramente una libreta de apuntes— Son resistentes a todas ellas.

— ¡Vaya!—exclamó Clayton con gesto contrariado. Su rostro, sin embargo, quiso adoptar un aire festivo al decir—: Al parecer, estamos enfrentados con animálculos invulnerables...

—En efecto—corroboró Norma, sacudiendo el cigarrillo; todos los ambientes les son favorables para su reproducción.

—Ya veremos; dejémoslo por hoy—decidió Clayton—. Terminemos el cigarrillo sentados en la terraza. Estos atardeceres africanos poseen una belleza que invita a contemplarlos.

Salieron. A lo lejos, nimbando las cumbres montañosas, un halo anaranjado resplandeciente lanzaba sus destellos. Las siluetas de algunos árboles enanos achaparrados semejaban gigantescas setas. Una pareja de buitres planeaba majestuosamente a contraluz del resplandor solar. Todo parecía dorado en aquel atardecer de encantamiento.

Sentados en los cómodos sillones de mimbres, bajo la rústica pérgola cubierta de plantas trepadoras, Norma y Clayton saboreaban sus cigarrillos, como extasiados en la contemplación del paisaje.

Una figura desembocó en el claro en aquel instante. Caminaba con pasos precipitados, y era indudable que se dirigía hacia ellos.

Quedó detenido a unos pasos de distancia, una vez ascendió los peldaños de madera, y efectuó un saludo militar. Era el sargento de la escolta. Hercúleo y rubicundo, el alto cuello abrochado parecía oprimirle el cuello hasta congestionarle.

—Señor—habló con voz que denotaba su emoción reprimida—; un hombre ha sido hallado junto al lago. Ha tragado agua en abundancia y se encuentra en mal estado. Dos soldados lo traen en unas parihuelas improvisadas.

Clayton se incorporó. Su rostro no denotaba emoción alguna.

—¿Algún nativo?—preguntó.

—No es negro, señor, Se trata de un blanco.

—¿Cómo llegó hasta aquí?—quiso saber Clayton.

—No lo sé, señor. Viste un extraño traje que hace suponer cayó desde un artefacto aéreo.

—¿Un aviador, entonces?

—Tal vez lo sea. Aunque más bien parece un piloto de nave espacial.

—Muy interesante. De todas formas, tiempo habrá de comprobarlo. Norma—llamó a continuación—; ¿sería tan amable en disponer lo necesario para atenderlo? ¿Está herido?

—No, señor; tan solo acusa el atracón de agua que se ha dado.

—Bien; intentaremos evitar que la digiera—arguyó Clayton humorísticamente.

Norma marchó al interior para disponer lo necesario. Clayton quedó junto al sargento aguardando la llegada del accidentado.

Los soldados indígenas dejaron en la cama el inanimado cuerpo del hombre.

Clayton procedió a atenderlo, ayudado por Norma y el sargento, consiguiendo que expulsara gran parte del agua trasegada.

Cuando halló al paciente más tranquilizado, hizo seña a los otros y salieron del aposento.

—Dentro de poco estará perfectamente—determinó Clayton—. Se trata, sin duda, de un piloto espacial. Su indumentaria así lo hace suponer. Y me estoy preguntando: ¿como diablos cayó en el lago? ¿Ha sido visto algún aparato, sargento?

—No, señor—respondió el aludido, con gesto extrañado—. Un nativo dijo a un soldado, ahora que lo recuerdo, haber visto descender algo hacia el lago. Marcharon hacia allá y encontraron a ese hombre pugnando torpemente por llegar a la orilla. Pero ni rastro del aparato...

—Puede ser que se arrojara con paracaídas—intervino Norma.

—Eso sería—admitió Clayton—. Tan pronto se encuentre restablecido nos lo aclarará. Y mañana, sargento, hará usted que le trasladen en el jeep hasta Nairobi.

—Bien, señor.

Continuaron charlando durante un rato, hasta que el cocinero anunció que la cena preparada por el otro muchacho estaba dispuesta.

Terminada ésta, Clayton anunció que quedaría vigilando al recién llegado, por si le era necesario algún cuidado.

Norma y el sargento se despidieron, después de ofrecerse ambos para aquel cometido.

* * *

Klens abrió los ojos y se halló tendido en un blando lecho en una

reducida habitación. La cabeza le pesaba dolorosamente y las sienes le latían con intensidad, pareciendo martillearle.

Junto al lecho en que se encontraba vio a un hombre de su misma apariencia que le contemplaba con atención.

La luz que iluminaba la estancia producía intenso escozor en los ojos a Klens, por lo que optó por cerrarlos.

Empero, el hombre que se hallaba próximo a él debió observar su movimiento, porque le preguntó con interés:

—¿Qué tal se encuentra?

Klens se creyó obligado a responder, aunque por su gusto hubiera permanecido en silencio.

—Regularmente. Cansado—respondió lacónicamente. Y se admiró de lo bien que le habían salido las palabras.

—Descanse, pues. Pronto se hallará bien del todo.

Klens trató de ordenar mentalmente todo lo ocurrido. Al ser lanzado de la nave descendió sin novedad, hasta que los registradores anunciaron la proximidad de masa sólida. Más tarde, inesperadamente, señalaron masa líquida. Y antes de que él pudiera tomar determinación alguna, la cápsula se hundió en el elemento líquido.

Notó Klens cómo se hundía rápidamente, y trató de, expulsar el gas pesado para reemplazarlo por gas ligero. Mas ya fue tarde para ello. La fuerza de la caída llevó la cápsula hasta el fondo y allí quedó aprisionada en algo denso y pastoso que le impedía ascender, aun después de ser llenada de gas ligero.

Trató entonces de poner en juego los retentares, pero éstos se negaron a funcionar, obturados por la masa pastosa.

Urgíale salir de allí. Los generadores de atmósfera artificial estaban graduados para un tiempo determinado y éste estaba a punto de agotarse.

Puso en acción el mecanismo de emergencia. Inundó la cámara interior que él ocupaba con gas ligero a presión de varias atmósferas, hasta que notó la terrible presión en los pulmones.

Rápidamente accionó las compuertas de la cámara y la cápsula. Al ser liberado, el gas ligero actuó con ímpetu, arrastrándole en pos de sí. Como un proyectil, Klens salió a la superficie del líquido.

Pero allí le aguardaba algo terrible. Aquella masa se abría, no ofrecía resistencia, y Klens hundióse en ella irremisiblemente. Intentó mantenerse en la superficie sin conseguirlo.

Al hundirse por segunda vez, tragó una bocanada que casi le sofocó. De nuevo volvió a sumergirse y de nuevo trasegó líquido por nariz y boca.

En la angustia de aquellos instantes, un desconocido sentido del humor le hizo pensar con sorna en aquella humillante situación, no prevista por los científicos de su mundo. Terminaría asfixiado, ello era indudable.

Con un supremo esfuerzo, consiguió elevarse y sacar parte de la cabeza del líquido. Aspiró con ansia antes de hundirse otra vez.

Una bocanada más, seguida por otras, le aturdieron por completo, y, con una terrible convulsión, el cuerpo de Klens quedó inerte a merced del agua...

Y ahora se hallaba en aquella habitación, mientras el otro hombre lo observaba atentamente. Era seguro que le había extraído del líquido, salvándole por tanto. Algo debía decirle, pero ¿qué?

Aguardó unos instantes mientras se trazaba un plan. Al fin, abrió los ojos fijándolos en su acompañante. Fingió hallarse aturdido.

—¿Se halla mejor?—le preguntó Clayton.

—Sí. Parece que todo pasó ya. Supongo que usted me salvó.

—No, exactamente. En realidad, cuando llegó aquí ya estaba salvado.

Klens trató de incorporarse, quedando sentado en el lecho. Entonces diose cuenta de que aún estaba vestido con el traje espacial.

—¿Puedo saber dónde estoy?—preguntó.

—Claro que sí. Se encuentra en un lugar encantador—le informó Clayton humorísticamente—. Luna reflejada en el lago, recepción los fines de semana, caballos, golf...

—¿Cómo dice?

—Perdone. He querido gastarle una broma inocente —rectificó Clayton sonriendo—. Estamos a orillas del Magali, en un puesto accidental de la Sociedad Biológica. Tres blancos, y el resto, nativos. Interesante, ¿verdad?

—No sé. No acabo de comprender—Klens pasóse una mano por la frente. Algunas de las cosas de que le hablaban no tenían significación para él.

—¿Que no comprende?—interrogó Clayton con curiosidad—. Tal vez no haya sabido explicarme. Concretamente se encuentra en África, en un destacamento científico próximo al lago Magali...

—Sí; ahora voy comprendiendo—mintió Klens, interrumpiéndole.

Desesperadamente trató de encontrar salida a su situación. Clayton le dio facilidades para ello.

—Sufrió un accidente, ¿no es eso?—aventuró.

—Eso fue lo que ocurrió — Klens aprovechó la oportunidad—. Realizaba un vuelo de exploración y el aparato sufrió una avería irreparable. Hube de arrojarme...

—Comprendo. ¿Quiere?—le ofreció un cigarrillo al que Klens miró fijamente sin llegar a cogerlo—. ¿No? Bien; hasta mañana no podrá salir para Nairobi. Desde allí le será fácil partir para su base. ¿Americano?

Klens asintió en silencio.

—Mi nombre es Clayton. Dick Clayton, doctor en Biología.

Esperó a que el otro hablara. Mas Klens permaneció mudo, paseando curiosamente su mirada por la habitación. Los reflejos cerebrales del otro le hacían verlo todo familiarmente. Empero, un torbellino de confusas ideas le aturdía.

Mientras tanto, Clayton fumaba en silencio. De pronto, miró al cigarrillo con extrañeza, lo oyó, arrojándolo después con gesto de perplejidad.

Encontraba raro al recién llegado. Reservado, lacónico. Posiblemente se hallaría aún presa de la impresión sufrida.

—Si no desea nada, voy a retirarme. Aquí tiene algo de comida, y en ese estante hallará lo que precise. Hasta mañana, pues.

—Un momento—le atajó Klens. Los dispersos recuerdos iban coordinándose—. ¿Dice que es un científico?

La pregunta tuvo un algo indescriptible que estremeció a Clayton. Miró con renovada curiosidad al desconocido e hizo un gesto como de olfatear algo.

—Según lo que se entienda por tal—objetó—. Soy tan solo doctor en Biología...

—¿Biología?

—¡Cómo!—saltó Clayton, estupefacto—. No irá a decirme que no sabe...

—En efecto; no lo sé.

— ¡Cielos!—Clayton quedó mudo de asombro. Mas de repente, como iluminado por una idea repentina, preguntó al otro de improviso:

—¡Dígame! ¿Quién es usted? ¿Cuál es su nombre y su procedencia?

Fueron tan rápidas las preguntas, que Klens quedó desconcertado. No pudo responder de momento, y solo supo poner cara de pasmo.

—¡Me lo suponía!—casi gritó Clayton, excitado—. Sufre amnesia. Es evidente que recibió un golpe al caer que le privó de la memoria. ¿De veras no recuerda nada?

¿Qué podía ocurrirle aceptando lo que aquel hombre decía? El cerebro de Klens trabajó velozmente. Le suponía una enfermedad que originaba la pérdida de la memoria, es decir, de facultades cerebrales. ¿Sería favorable para sus planes hacérselo creer?

—No..., no recuerdo nada—balbuceó.

—Quédese quieto—le ordenó Clayton—. He de consultarlo con mi ayudante y el. sargento, Tal vez resulte conveniente salir esta misma noche para llevarle a Nairobi. Aguárdeme.

Salió precipitadamente de la habitación, cerrando la puerta.

Inmediatamente, Klens saltó de la cama. Aquel hombre tenía casi su misma estatura, y Klens había visto junto a un armario algunas ropas que podrían adaptarse bien a su cuerpo.

Despojóse del traje espacial, y en un santiamén quedó vestido con ropas de Clayton.

Llegó hasta la ventana y se asomó a ella atisbando en la oscuridad nocturna. A continuación, de un felino salto, cayó ágilmente en el exterior.

Sus pasos no produjeron el menor rumor en la blanda tierra, mientras se alejaba adentrándose en la noche africana.

CAPITULO III

Cambio alucinante

Durante algún tiempo, el hallazgo en África del piloto lanzado con un cohete espacial a la órbita de Venus constituyó el motivo de los comentarios mundiales.

Aquel hombre, al cual se consideró perdido, fue hallado en África por un destacamento donde realizaba unas investigaciones el doctor Clayton. Este lo había comunicado a las autoridades inglesas, agregando que, al parecer, sufría amnesia y que había desaparecido misteriosamente tras haber cambiado sus ropas espaciales por algunas de él.

Todas las pesquisas realizadas posteriormente resultaron infructuosas. Hasta que de nuevo pudo ser localizado en los muelles de Mombasa, en un estado de insensibilidad altamente alarmante. Fue recluido en un sanatorio, y las noticias al respecto fueron perdiendo actualidad hasta cesar por completo.

Entretanto, Klens encontraba cierto placer en sus nuevas actividades. Al natural y primer desconcierto usurpando la personalidad del piloto espacial, había sucedido una mayor maestría en su introversión endopática en otros individuos. Ya conocía a la perfección las distintas etapas funcionales de las moléculas humanas, y podía realizar una introversión en escaso tiempo.

Así, pues, el camino hacia su meta, es decir, hasta llegar a los altos organismos de aquel mundo, parecía expedito para él, realizando sucesivos cambios.

Había podido comprobar que estos seres estaban divididos en razas distintas y, sobre todo, en una diversidad de lenguajes. El poseía la facultad de dominar aquellas lenguas que antes hablaran sus sosias..

Ahora, tras varios cambios, hallábase en el país de los hombres más avanzados en exploraciones espaciales. Pero Klens sabía que, sin embargo, aquellas experiencias no eran más que titubeantes e inseguros pasos hacia el dominio del espacio. Y él poseía la clave para abrirles aquellas alucinantes rutas.

En esta ocasión encontrábase el amplio hall del majestuoso edificio, sede de los científicos espaciales.

Un hombre uniformado habíale preguntado su nombre—un nombre cualquiera lanzado por Klens—, anotando su pretensión de ser recibido por el jefe máximo de Investigaciones Espaciales.

Aguardó pacientemente, junto con otras personas, hasta que el mismo hombre uniformado le indicó llegado su turno.

Klens presentaba en esta ocasión la apariencia de un ingeniero de Astronáutica, en quien se introvertiera últimamente para poder llagar hasta allí.

—Por aquí, señor—le indicó el otro—. Ascensor B. Segunda planta.

Allí fue recibido por el secretario de Henry Waldon, director de la Organización.

—Así, pues, mister Conwall—era el nombre adoptado por Klens—, desea entrevistarse con mister Waldon para exponerle algunos puntos interesantes relacionados con vuelos espaciales—dijo el secretario, mientras leía unas notas.

Al terminar, quedó mirando con fija atención a Klens, y éste asintió.

A continuación, el secretario tomó unos apuntes y desapareció tras la puerta encristalada. Regresó a los pocos instantes.

—Sígame, por favor—rogó.

Frente a Henry Waldon, el mundialmente célebre científico espacial, Klens dio muestras del gran aplomo y maestría adquiridos durante su permanencia entre los terráqueos.

Saludó respetuosamente al científico y, cuando quedó sentado frente a él, comenzó, concisa y brillantemente, a exponerle su plan.

Al gesto cortés pero escéptico, adoptado en principio por Waldon, fue sucediendo una mirada de asombro, y de infinita admiración después, al ser informado por Klens de sus portentosos descubrimientos.

— ¡Admirable!—exclamó Waldon con irreprimible entusiasmo, al terminar Klens su exposición—. Permítame felicitarle, señor...—lanzó una rápida ojeada a la nota dejada por el secretario—señor Conwall. Mas me atrevo a sugerirle si ya ha experimentado sobre ello...

—Tengo pruebas concluyentes, señor — replicó Klens con seguridad, mostrando la cartera de documentos que llevaba.

Estaban solos en la habitación. Klens se incorporó y dio unos pasos hasta quedar situado junto a Waldon. Abrió la cartera y extrajo unos planos que procedió a extender sobre la mesa. Waldon, interesado, fijó la vista en ellos.

De improviso, con rapidez diabólica, Klens le pasó la mano por el rostro presionándole brutalmente la boca para evitar que gritase. Simultáneo con ello descargó un terrible golpe en la nuca de Waldon.

Quedó éste de bruces sobre la mesa como res apuntillada. Todo ocurrió en fracciones de segundo.

Rápida y eficazmente, Klens enderezó el cuerpo inanimado de Waldon, dejándole apoyada la espalda en el sillón. Abrióle la camisa y le dejó el pecho al descubierto.

Luego, tomando asiento nuevamente, se hizo lo propio.

Y entonces dio principio a la más espeluznante escena que pudiera imaginar mente humana.

Del pecho de Conwall comenzó a brotar como un sudor pastoso que fue adquiriendo consistencia rápidamente, hasta quedar convertido en una masa informe, gelatinosa y pardusca, de la que brotaron dos largos filamentos tentaculares.

Deslizándose repugnantemente, aquello se dirigió hasta donde se hallaba el cuerpo inanimado de Waldon y ascendió por él hasta quedar posado en el pecho.

Como si se tratara de líquido derramado sobre tierra reseca, el pecho de éste pareció succionar la horrenda materia. En breves instantes no quedó rastro alguno de ella.

Con lentitud, Waldon pareció ir recuperando el conocimiento. Quedó incorporado y pasó una mano por su rostro, en tanto lanzaba a su alrededor una mirada complacida.

Continuaba siendo el Director do Investigaciones Espaciales; mas ya su cerebro y sus actos no podían ser controlados por él.

Klens, el ser diabólico de otro planeta, estaba introvertido en él. Y era Klens, en realidad, desde aquel instante, el auténtico director supremo.

Como una piltrafa humana, con el cuerpo fláccido, quedaba frente a él su anterior envoltura: el cuerpo e Conwall privado de movimiento.

Otro hombre que sería recluido en un sanatorio, sin esperanza alguna de volver a la normalidad.

* * *

El secretario acudió prestamente a la llamada. Halló a Waldon junto al cuerpo de su visitante tratando de reanimarle. Un gesto de sorpresa apareció en el rostro del secretario.

—¿Qué ha sucedido, señor?

—¡Pronto!—apremió Waldon—. Avisen a una ambulancia. Este caballero ha sufrido un desvanecimiento tal que no se recupera. Es urgente atenderlo; puede ser grave.

Realizada la llamada telefónica, el secretario quedó esperando órdenes.

—Suspenda las visitas por hoy—decidió Waldon—. Hágase cargo de todo y cuide que el enfermo sea atendido. ¿Está dispuesto el coche?

—Aguarda sus órdenes, señor. Como de costumbre.

—Está bien; salgo inmediatamente para la base de pruebas. Estoy en conocimiento de algo extraordinario.

Recogió con precipitación los planos dejados momentos antes por Conwall y salió presurosamente.

Cuando el coche del director pasaba por el último control de la gran base de pruebas para vuelos espaciales, Klens tuvo la convicción de que el éxito coronaría su misión.

Y una sonrisa irónica apareció en los labios de Henry Waldon en el interior del coche, mientras sus dedos jugueteaban ligeramente con la tapa del cenicero metálico.

CAPITULO IV

El rastro perceptible

A partir de aquel día, el mundo científico quedó subyugado ante la sucesión de portentosos descubrimientos realizados por el Departamento de Investigaciones Espaciales.

Pronto llegaron a ser del dominio público, y entonces se creó una aureola casi mística de admiración alrededor de Henry Waldon, el hombre capaz de tales prodigios químicos. A su sólido prestigio científico se agregó el de la admiración popular, que le elevó a la categoría de héroe universal.

Waldon el Mago—como le llamaban al nombrarle—llegó a ser considerado, aun por sus propios colegas, como un cerebro. superdotado en la ciencia espacial.

Los lanzamientos de satélites artificiales constituyeron fuentes inapreciables de informes, al poder ser colocados exactamente en las órbitas de los planetas previamente elegidos. El carburante descubierto por Waldon hacía posible tales maravillas con facilidad sorprendente. Y el establecimiento de enormes estaciones espaciales estaba a punto de conseguirse con estos revolucionarios y desconocidos procedimientos.

Los terráqueos, entusiasmados, llegaron a tener la absoluta convicción de que sus naves espaciales, tripuladas por seres humanos, pronto surcarían con seguridad los abismos del infinito.

En esta situación hallábanse los acontecimientos, cuando Dick Clayton fue llamado urgentemente por la dirección de la Organización Espacial. La llamada era apremiante, y le pedían que se hiciera acompañar por su ayudante.

Abandonó el apartado lugar de África en que continuaba sus investigaciones. Lamentó no haberles podido dar un final totalmente satisfactorio, aunque había conseguido mucho adelanto, mas preparó el equipaje con esa especial excitación del colegial en vacaciones.

Le causó extrañeza aquella imprevista llamada, y así lo manifestó a Norma Lodenwell. Pero ésta, agradablemente sorprendida también, le dijo:

—No debe extrañarle, doctor. Es usted el hombre más incomprensiblemente modesto que he conocido. A veces me asombra.

—¿Por qué, Norma?—indagó Clayton, realmente intrigado.

—Debe saber ya, doctor—la voz de Norma reflejaba cierto deje burlón—, que aún está considerado como una autoridad en Biología. Fíjese que digo aún.

—Comprendo. Se refiere, naturalmente, a...—inició Clayton con tristeza mal reprimida.

No pudo terminar la frase. Norma ejecutó un encantador movimiento con la mano abierta como intentando cubrirle la boca.

—No lo diga, por favor. Parece que goza usted martirizándose. Aquello ya pasó y fue olvidado. Esta llamada lo prueba. Aparte de que creo

firmemente que usted estaba y está en lo cierto. Y ahora, prepárese a emplearse a fondo. Es su gran oportunidad y, en parte.... la mía también.

—Gracias, Norma, por sus palabras. Trataré de hacer lo mejor que pueda.

Al salir Clayton para dar las últimas órdenes al sargento, no pudo ver la profunda e intensa mirada de ternura que le dirigía su ayudante.

* * *

Tan pronto descendieron del avión que los condujo desde Nairobi, pasaron al coche enviado por la Organización.

Este los llevó al imponente edificio de la Dirección y, sin dilaciones, Clayton fue introducido a presencia de Henry Waldon. Norma quedó en la antesala, esperándole.

Waldon clavó la mirada en el hombre que tenía ante sí. Le reconoció perfectamente y ello le hizo sentirse más seguro de sí mismo.

Esbozó una cortés sonrisa e indicó a Clayton que tomase asiento en uno de los cómodos sillones situados junto a una pequeña mesita. Él hizo lo propio, ofreciendo a Clayton un cigarro de los contenidos en un artístico cofrecillo.

—Bien, doctor Clayton—comenzó diciendo—. Me complace en extremo verle aquí. Supongo que tendrá curiosidad por saber el motivo de mi urgente llamada.

—En efecto, señor Waldon. Una curiosidad mezclada al honor que supone para mí.

—Déjese de cumplidos, Clayton, y hablemos con entera confianza. Como dos colegas, dos compañeros en igualdad de circunstancias.

Recogió una pequeña carpeta de un cercano estante y la abrió sobre la mesita. No necesitó para ello levantarse del sillón que ocupaba.

—Me he permitido recopilar algunos datos de su historial profesional —manifestó, señalando el contenido de la carpeta—. Excuso decirle que lo considero brillante en extremo.

Con rápido gesto cortó la frase que se iniciaba en los labios de Clayton.

—Escúcheme, Clayton—prosiguió con cierta reprimida vehemencia y tono confidencial—. Mi opinión es que no tuvo suerte en sus anteriores investigaciones y, sobre todo, que no fue usted ayudado eficazmente por sus colaboradores. Necesito hombres como usted; jóvenes, con fe, tesón y conocimientos suficientes para colaborar en una de las más gigantescas obras que puedan acometerse. Necesito colaboradores leales, en una palabra. ¿Puedo contar con usted?

—Desde luego, señor—aseguró Clayton, aún sorprendido.

—Gracias, Clayton. Tiene usted madera de auténtico investigador, y ahora podrá trabajar a su completa satisfacción. Tendrá cuanto necesite. Podrá usted mismo elegir el cuadro de sus colaboradores inmediatos. Y esta vez, le

doy mi palabra, no habrá injustas censuras para su labor.

—De acuerdo. Espero sus instrucciones.

—Habrá tiempo para ello más adelante. Ahora necesita tomarse algún descanso. Sepa, sin embargo, que habrá de organizarlo todo rápidamente. Quedará alojado en esta misma planta, donde una espaciosa nave ha sido adaptada especialmente para laboratorio. Pida todo lo que considere necesario, incluidos sus colaboradores.

Quedó en silencio contemplando al aturdido Clayton y, de pronto, le disparó una pregunta inesperada:

—Dígame, Clayton: ¿qué tiempo aproximado podría tardar en determinar y clasificar un grupo de bacterias y el elemento eficaz para su exterminio?

—Depende—objetó dubitativamente Clayton—del grupo a que pertenezcan y la materia sobre la que actúen.

—Perdone. Soy casi un profano en Biología. Creo, a pesar de ello, que la materia es orgánica nitrogenada—dijo, utilizando el nombre terrestre de la composición base de los yussianos.

—¡Orgánica nitrogenada! —exclamó Clayton como recordando algo súbitamente—. ¿Y la descompone?

—Supongo que sí—aventuró Waldon sin separar su mirada de la del estupefacto Clayton.

—No puedo asegurar nada, Waldon. Pero tal vez el tiempo no fuera excesivamente largo. Todo consiste en tener suerte.

—Perfectamente. Ese será uno de sus primeros trabajos. Ya le indicaré detalles. Posteriormente podrá realizar experimentos de gérmenes cultivados para su traslado a otros planetas. La experiencia promete ser subyugadora.

—¡Gérmenes cultivados! —repitió Clayton con jubiloso asombro.

—Eso he dicho—Waldon se incorporó tendiendo la mano a Clayton cordialmente—. ¿Acaso no entra en el terreno de sus rebatidas teorías? Ahora podrá demostrar si está en lo cierto, sin faltarle elementos como antes.

¡Cielo santo! Tentado estuvo Clayton de abrazar efusivamente al hombre que aún confiaba en él respecto a los gérmenes cultivados. Una ola de intenso agradecimiento pareció subirle a la garganta. ¡Sí! Demostraría a todos aquellos sabios de cerebros huecos que estaba en lo cierto y que le trataron injustamente. Haría ver la posibilidad de que gérmenes cultivados en la Tierra en ambientes similares a otros mundos podrían ser trasplantados a éstos y multiplicarse normalmente.

No obstante su emoción, las palabras que pronunció no la demostraron.

—Gracias, señor Waldon, por esta oportunidad. Cuente conmigo en cuanto pueda valer.

Estrechó la mano de Waldon y salió, loco de alegría, a comunicar a Norma el resultado de la entrevista.

También Waldon sonrió satisfecho al quedar solo. Dobló la carpeta que contenía el historial de Clayton, y golpeóse con ella suavemente en la palma de la mano abierta, mientras sus ojos reflejaban un brillo astuto y maligno.

Aquel día, Klens, habitante de Yussi, había dado un gigantesco paso en sus proyectos, al asegurarse la colaboración de Dick Clayton.

* * *

La sección destinada a laboratorio de análisis era en verdad magnífica. Práctica y concienzudamente preparada, el moderno instrumental relucía en las vitrinas y sobre los pulcros tableros de experimentación.

Varios hombres observaban silenciosamente a través de los microscopios, en tanto que otros vigilaban estufas, caldos de cultivos de gérmenes o centrífugas en movimiento.

En un extremo de la espaciosa nave, Clayton había hecho instalar su mesa de trabajo. Rodeábanla anaqueles repletos de productos envasados en botes etiquetados.

Junto a él, Norma se hallaba ocupada en trasladar, ayudándose con una larga y fina aguja, algunas gotas de caldo en las platinas de cristal para ser observadas.

Clayton la contemplaba en su labor. Llevaban varias semanas, desde que consideraron terminada la tarea de organización, trabajando de firme en la clasificación de las bacterias facilitadas por Waldon.

Era tarea fácil, pero engorrosa, y Norma iba realizándola con la paciente meticulosidad del investigador nato.

Acabó de presionar la última gota entre los cristales y volvió la mirada hacia Clayton.

—Según parece, estamos finalizando la clasificación—observó—. Cinco especies, de grupos diferentes, han sido separadas en los caldos de materia orgánica nitrogenada.

—¿Resultados obtenidos?

—Hasta ahora, bien pocos. Es prematuro, sin embargo. ¿Le apetece una taza de café? Estará fatigado.

—Usted también ha trabajado intensamente, Norma. No sé qué sería de mí sin usted. Déjelo por esta noche.

—Tomaremos el café y continuaré hasta dar fin a esa—señaló ligeramente los cristales, tratando con este movimiento de ocultar su ligera turbación ante las palabras de Clayton.

Seguidamente, llenó dos tazas en el grifo del gran termo empotrado en la pared. Entregó una de ellas a Clayton y tomó un sorbo del humeante líquido.

—¿Consiguió lo que se proponía?—preguntó con interés a Clayton.

—Creo que sí—afirmó éste—. Los gérmenes han quedado en las cápsulas de atmósfera artificial, y hasta ahora se desarrollan perfectamente.

Waldon está dispuesto a lanzarlos tan pronto se hallen a punto.

Ella sonrió al notar el entusiasmo con que hablaba Clayton. Se alegraba íntimamente de que el doctor tuviese aquella oportunidad, y ella estaba dispuesta a prestarle ayuda en la empresa con toda su alma, porque...

Interrumpió sus pensamientos para preguntar:

—¿Le ha dicho el punto hacia donde piensa lanzarlos?

—Sí; lo sé. Y nunca sabré cómo agradecérselo. ¿No lo imagina, Norma? Serán dirigidos al planeta más cercano a aquel que motivó mi fracaso.

— ¡Es maravilloso, Dick!—exclamó ella impetuosamente.

—Es una prueba de confianza que me da Waldon. Él cree que mis primeros gérmenes cultivados llegaron a su destino, pese a que todos opinaron lo contrario. Y está dispuesto a lanzar más adelante proyectiles exploradores al primer planeta para que así lo confirmen.

—Es admirable esa idea de Waldon.

Clayton dejó la taza vacía sobre la repisa y acercó fuego al cigarrillo que Norma sostenía en los labios. El también aspiró el humo del suyo con delectación.

—A propósito, Norma. Quisiera hacerle una pregunta—manifestó Clayton confidencialmente.

—¿Profesional?—quiso saber ella con cierto brillo especial en sus hermosas pupilas.

—Sí y no.

—Hágala. Le escucho.

—No sé cómo explicárselo. ¿No ha notado nada peculiar cada vez que Waldon llega al laboratorio?

—No—respondió Norma, no pudiendo ocultar un ligero desencanto —. ¿A qué se refiere concretamente?

—Es desconcertante. Tal vez esté equivocado. Se trata de algo que no logro encajar bien en mis recuerdos. Una sensación extraña y desconocida que no puedo relacionar con un suceso anterior, que, sin embargo, hubo de ocurrir.

—Eso es un galimatías, Dick. ¿No puede ser más explícito?

—Lo siento. Pero se trata de una sensación personalísima, como la que se experimenta al percibir ciertos olores que nos recuerdan algo perdido en el recuerdo.

Ella contuvo la respiración al oírle. Sus cejas se alzaron con asombro.

— ¡Oiga!—exclamó admirada—. Eso ya es algo. Ahora que dice eso..., sí, en efecto, algo parecido me ocurrió en principio. Pero... tranquilícese. Ya descubrí la causa hace días.

—¿Que descubrió...?

Ella sonrió antes de hablar.

—Sí—afirmó—. Descubrí que Waldon despedía en ocasiones un olor especial. Pero sería debido a estar ocupado en algunas pruebas. El olor era ¡amoníaco!—finalizó lanzando su cristalina risa.

—Amoníaco...—repitió Clayton fingiendo un cómico desencanto. Mas, súbitamente, su rostro quedó gravemente serio—. ¡Norma!—exclamó sordamente, prendiéndola de un brazo—. ¿Ha dicho amoníaco? Sí, eso es. ¡Dios mío! ¿No sabe lo que perseguimos con estos experimentos que estamos realizando? —quedó en silencio mirando a la sobrecogida Norma—. Tratamos de clasificar bacterias que actúan en materia orgánica ¡nitrogenada!

Ella asintió sin saber todavía exactamente adonde iba a parar la idea de Clayton.

—Recuerde, Norma—la voz de Clayton era apremiante. Habló, a pesar de ello, con el mismo tono que emplearía un profesor con un alumno falto de memoria—: "La descomposición producida por la acción de bacterias sobre materia orgánica nitrogenada se denomina..."

—Amonificación—terminó la frase Norma maquinalmente.

—Exacto. Producción de amoníaco. Y Waldon...

—¡Dick!—le interrumpió ella llevándose una mano a la boca y arqueando las cejas en un gesto de infinito asombro—. ¡Waldon despide el mismo olor que...!

—Que el piloto espacial que huyó de...—habló lentamente, dejando sin terminar la frase.

Callaron los dos, mirándose fijamente, enmudecidos.

Algo como un presagio siniestro pareció quedar flotando en aquel silencio mutuo.

CAPITULO V

El enemigo avisado

Los trabajos continuaron en el laboratorio dirigidos por Clayton. Los cultivos de gérmenes fueron envasados cuidadosamente en recipientes esterilizados, dispuestos para su envío al lugar que determinara Waldon.

En el campo espacial, los avances técnicos continuaron a un ritmo altamente satisfactorio. La curiosidad mundial, no solo científica, estaba centrada en aquella Organización Espacial que Waldon el Mago había hecho milagrosamente popular.

Hombres adiestrados convenientemente habían conseguido circunvalar en cohetes algunos planetas cercanos, e incluso la Luna y posteriormente Marte fueron explorados por equipos terráqueos.

La atención de todos estaba ahora centrada en la última meta señalada por Waldon. Tratábase de un pequeño planeta de los que tenían sus órbitas entre Marte y Júpiter. Era un planetoide desconocido para los terráqueos. El nombre con que era conocido por los que lo habitaban era Yussi. Y eso tan sólo lo sabía Waldon.

Fue construido a ritmo acelerado el vehículo espacial diseñado por el propio Waldon. Ingenieros y técnicos quedaron asombrados ante la atrevida estructura planeada, que rompía clásicos y eficientes sistemas mecánico-dinámicos.

Nadie, sin embargo, se atrevió a objetar nada, subyugados por la cadena de éxitos conseguidos anteriormente por Waldon.

Quedaba aún el problema del carburante capaz de impulsar el artefacto a tan gran distancia y en un tiempo relativamente prudencial. Y entonces Waldon los asombró de nuevo haciendo condensar, por procedimientos desconocidos hasta entonces, corpúsculos luminosos capaces de impulsar masas a velocidades y distancias inconcebibles a través del espacio cósmico.

Waldon dio una conferencia días antes de que los trabajos estuviesen finalizados. Anunció con pasmosa seguridad, ante una asamblea de autoridades mundiales espaciales, que estaba dispuesto a conseguir el lanzamiento del proyectil y su regreso a la Tierra, con evidentes e irrefutables indicios de su llegada al pequeño planeta elegido.

Hizo una detallada exposición de las certeras experiencias seguidas anteriormente por el doctor Clayton, y ratificó su absoluta seguridad de que los gérmenes cultivados lanzados en aquel entonces habían podido llegar a los puntos elegidos. No constituyó, pues, un fracaso costosísimo ni económicamente temerario—recalcó aquellas frases que fueron utilizadas durante el proceso de Clayton—, sino la admirable demostración de un investigador notable seguro de sus conocimientos. Estaba, por tanto, dispuesto a erigirse en paladín del experimento de Clayton, intentando que el proyectil espacial que ahora trataba de lanzarse regresara con indiscutibles pruebas de

su aserto.

Los científicos reunidos acogieron fría y escépticamente lo que consideraron arriesgadísimas afirmaciones.

Clayton encontrábase con Norma en la conferencia, y hubo de ponerse en pie para recibir algunos pocos cálidos aplausos solicitados para él por Waldon.

Norma le estrechó afectuosamente la mano al quedar de nuevo sentado.

—Estoy emocionada, Dick — le susurró en voz baja—. Waldon es extraordinario. Y éste es uno de los días más felices de mi vida.

—¡Norma! —exclamó él, con asombro, viendo aquellos hermosos ojos anegados por las lágrimas—. ¿Llora usted? No sea chiquilla. Esto no es más que una. muestra de aprecio de Waldon. Le estoy muy agradecido por ello.

Norma enjugó las lágrimas y miró a Clayton con mirada radiante.

—No es cierto, Dick—protestó—. Es su triunfo. Es el reconocimiento público de su inteligencia y tenacidad. ¡Dios mío! ¿Por qué es usted tan ciego para... tantas cosas?

Él le presionó la mano suave y cariñosamente, dirigiéndole una sonrisa.

Ambos salieron de la sala entre los demás asistentes. Eran los únicos que no gesticulaban con excitación.

* * *

Entre los hombres seleccionados por Clayton para su equipo de investigación, había un joven e inteligente doctor italiano, Angelo Conti, al cual le había encomendado las pruebas con los grupos de bacterias aisladas.

Uno de aquellos días en que con más intensidad trabajaban todos, apremiados por la rapidez que Waldon imprimía a la puesta en marcha de los lanzamientos, Conti se aproximó a la mesa de Clayton.

—Venga, por favor, Clayton—le rogó precipitadamente.

Este le siguió intrigado. Había podido observar la extraña excitación de Conti, y supuso se hallaría sobre la pista de algo interesante.

—Mire esto—le invitó Conti señalándole el cristal colocado ante el microscopio.

Así lo hizo Clayton, observando unos minutos atentamente.

—¿Qué hay de especial en esto?—preguntó al fin.

—Verá, Clayton; he querido que observe una gota de cultivo virgen a ningún procedimiento de los que utilizo. Ayer, casualmente, me produje un ligero pinchazo sin importancia en un dedo. Como podía resultar inoculado, procedí rápidamente a desinfectarlo. No pude evitar que una pequeña gota de sangre cayera sobre un cultivo con el cual iba a trabajar. Pensé en principio desecharlo, mas algo me impulsó a cubrirlo de nuevo y observarlo más adelante. Aquí está.

Retiró el cristal que antes observara Clayton, sustituyéndolo por otro. Clayton miró nuevamente. Al cabo, alzando la cabeza con lentitud, clavó su mirada en Conti en un mudo aplauso. Colocó una mano amistosamente en el hombro del otro, y le dijo:

—Esto ya es algo, Conti. Le felicito. ¿A qué grupo sanguíneo corresponde su sangre?

Conti se lo dijo. Su expresivo rostro no podía ocultar la satisfacción que le inundaba.

—No debemos precipitarnos, sin embargo, Conti. Conviene asegurarse. Espero que entre todos nosotros consigamos reunir sangre de los distintos grupos. Es necesario que se preocupe de conseguir unas gotas de cada uno y déjelas separadamente en varios cultivos bacterianos. Pudiera estar usted sobre la pista.

Conti se dedicó activamente a lo dispuesto por Clayton, y pronto tuvo las gotas de sangre en los gérmenes cultivados, incluso la sangre del propio Clayton.

Todos esperaron ansiosamente el resultado de aquel experimento.

Y el resultado no se hizo esperar. Las bacterias de aquel grupo eran destruidas por los leucocitos contenidos en la sangre.

La investigación, en este aspecto, había conseguido un rotundo éxito.

Waldon fue prontamente informado por Clayton. Quiso asistir personalmente a la demostración, y su rostro mostró la intensa satisfacción que ello le producía.

—¡Magnífico!—exclamó cuando Clayton terminó de mostrarle los resultados—. Sabía que podía confiar en usted y sus colaboradores, Clayton. Ahora es urgente de todo punto recoger plasma sanguíneo y conservar esos leucocitos en actividad. ¡Es increíble, Clayton! Consiga eso urgentemente y habrá hecho un gran servicio a sus semejantes.

No llegó a comprender Clayton en todo su alcance las palabras de Waldon. Es más, consideró pueril el entusiasmo de aquel gran hombre ante un resultado tan lógico y poco espectacular. En realidad, aquellas bacterias no podían producir en el cuerpo humano ninguna de esas terribles enfermedades incurables. Más aún, fueron bacterias de aquel grupo las que él incluyó junto con los gérmenes cultivados enviados a otros planetas.

Asintió, sin embargo, objetando tan solo:

—Se recogerá una cantidad prudencial. ¿O cree necesario una cantidad determinada?

—Cuanta pueda—decidió Waldon con vehemencia—. Es necesario tenerlo dispuesto todo para la fecha de los lanzamientos. Publique una llamada a todos los dadores de sangre que estén dispuestos a venderla. Y páguelos espléndidamente, pero consígalo pronto, Clayton.

Aquella vehemencia de Waldon extrañó a Clayton. No lograba explicarse aquel interés por la destrucción de unas bacterias que realmente no constituían de momento ningún peligro.

Y de pronto, como una ráfaga luminosa, brilló en su cerebro el recuerdo de aquella conversación que sostuviera con Norma. ¿Estaría atacado Waldon de alguna desconocida y terrible enfermedad ocasionada por aquellas bacterias, y de ahí su interés? Desechó el pensamiento por considerarlo absurdo.

No obstante, Norma y él llegaron en aquella ocasión a la conclusión de que Waldon despedía un olor especial a amoníaco; el mismo olor que ellos también percibieron junto al piloto espacial recogido en África. ¿Sería tal vez que estas bacterias, junto con otras que se hallaran en el espacio exterior, producirían una desconocida enfermedad de la que Waldon sospechara estar atacado? Decidió averiguarlo discretamente.

Hallábanse en el laboratorio, junto a la mesa de Clayton. Los demás habíanse retirado al terminar Clayton de mostrar las pruebas a Waldon. Incluso Norma se hallaba ocupada lejos de ellos.

—Escúcheme, Waldon—inició Clayton hablando ligeramente—. ¿Me permite una pregunta, si no lo considera indiscreto? Puede no responder si así lo desea.

—Puede preguntar. Depende de qué se trate.

—En realidad, no tiene importancia. ¿Ha efectuado vuelos espaciales?

—Sí; claro que sí—afirmó Waldon súbitamente interesado.

—Y al regreso, ¿no ha notado nada especial en su cuerpo? No sé si me explico bien. Algún trastorno; algo que le haya hecho pensar en alguna enfermedad adquirida.

Lentamente, Waldon quedó inmóvil mirando al rostro de Clayton. Fue una mirada tan profundamente penetrante y enigmática, que éste no pudo reprimir un involuntario estremecimiento.

—¿Por qué lo dice?—silabeó Waldon sin responder directamente—. ¿Qué le hace suponerlo?

—No es nada concreto y tal vez esté en un error. Trataré de explicárselo. Hace algún tiempo, hallándome en África, tuve ocasión de hallarme junto a un piloto espacial accidentado. Ya tendría noticias de ello, supongo. Pues bien, hasta algún tiempo después no pude identificar el olor especial que percibí junto a él. La doctora Lodenwell me lo hizo observar. Aquel hombre despedía un olor amoniacal.

—¿Un olor?—preguntó Waldon con el rostro tenso.

—En efecto. Posteriormente...—Clayton se detuvo con una ligera indecisión.

—Continúe—le apremió Waldon.

—Pues...—Clayton titubeaba. De repente habló con decisión—: Bien; hemos creído percibir en usted ese mismo olor en algunas ocasiones. Y luego, su interés por hallar elemento eficaz contra las bacterias que descomponen la materia orgánica nitrogenada, me hizo suponer...

—No suponga nada, Clayton—cortó Waldon algo secamente—. Limítese a la tarea que le tengo encomendada. No podemos perder tiempo en

suposiciones que a nada conducen. Esa imaginaria enfermedad no existe más que en su mente, créame. Y estamos faltos de tiempo para dedicarnos a investigaciones más o menos.., fantásticas.

Clayton percibió el leve tono sarcástico de Waldon, y ello le oprimió el corazón de tristeza. Waldon era el hombre a quien más debía. Era el único que confió en él y le había rehabilitado públicamente a los. ojos de todo. Y temió haber causado su desagrado.

—Perdóneme, Waldon—le dijo—...Tal vez...

—Olvídelo. No se preocupe—le interrumpió éste, afectuosamente esta vez—. Estoy muy satisfecho de usted. Este último éxito me ha complacido en extremo. Yo también estoy preocupado y tal vez resulte brusco a veces. Dentro de unos días será lanzado el proyectil con los gérmenes cultivados. Desearía para esa fecha que lo tuviera todo listo. Y tal vez para, entonces podamos cambiar impresiones sobre ese tema que acaba de exponerme. Puede que resulte... interesante.

Salió del laboratorio, dejando a Clayton perplejo. No acababa de comprender las súbitas reacciones de Waldon.

Mas éste sí sabía a qué atenerse. Y en su fuero interno clasificó a Clayton, por su perspicacia, como el hombre más peligroso con que habrían de tropezar los planes de Klens.

CAPITULO VI

Al borde del misterio

Llegó el momento en que todo quedó dispuesto para el doble lanzamiento.

Primero sería lanzado el proyectil que contendría gérmenes cultivados. Según lo proyectado por Waldon, este cohete quedaría en órbita de un pequeño planetoide, en cuyo tiempo dejaría caer automáticamente la carga en los recipientes previamente acondicionados, los cuales se abrirían tan pronto llegaran al planetoide, dejando libres a los gérmenes. Una vez el cohete impresionara algunas fotografías y recogiera determinados datos, regresaría a la Tierra.

En cuanto al otro proyectil, Waldon habíase mostrado herméticamente reservado en lo referente a su finalidad. En el interior, en cámaras con temperatura apropiada, habían sido alojados los pequeños receptáculos de plasma sanguíneo.

A nadie había comunicado Waldon la finalidad de aquella otra cámara construida en su interior.

Sin embargo, algunos técnicos aventuraban la opinión de que sería destinada para alojar algunos animales vivos que serían también lanzados al espacio.

Unos días antes, todo el personal que colaboraba en la gran empresa se trasladó a la base de pruebas. También gran número de reporteros e informadores, con toda clase de vehículos, situáronse en los alrededores, previamente autorizados por Waldon.

Dos días antes del señalado, durante el atardecer, la animación en la base era extraordinaria. Nutridos grupos tomaban fotografías y contemplaban admirados los dos monstruos espaciales que, situados en las plataformas de lanzamiento, parecían amenazar al espacio con sus agudas puntas cónicas.

Clayton daba un paseo por las pistas junto con Norma y el italiano Conti.

Como todos, sentía la inquietud del momento que se aproximaba. Tenía confianza en los trabajos realizados por su Departamento. Era también indudable que Waldon poseía una seguridad desconcertante en cuanto hasta ahora había emprendido.

La voz de Norma le sacó de su abstracción.

—Estoy impaciente por ver salir esos juguetes —manifestó.

—Es el más importante intento realizado hasta ahora—opinó Conti—. De ser coronado por el éxito, puede decirse que prácticamente las puertas del espacio han quedado franqueadas.

—Eso opino también—aseveró Clayton—. Aunque quedan numerosos problemas por resolver todavía.

Cruzaron junto a un grupo que comentaba en alta voz la finalidad de aquel segundo proyectil.

—Estará destinado para algunos animales, probablemente. Waldon el Mago ha eludido hábilmente el responder a ello cuando le entrevistamos—dijo uno.

—Es una especie de prestidigitador preparando un truco—comentó jocosamente otro de los reunidos. ¿Sabes lo que respondió cuando le pregunté? Dijo humorísticamente que lo reservaba para traer a la Tierra algunos habitantes de otro planeta. ¡Jal ¡Ja!

—Capaz lo creo de conseguirlo—finalizó un tercero, seriamente.

Clayton sonrió y miró a Norma. Ella también le dirigió su sonrisa.

—Ha conseguido infundir confianza en todos—arguyó Conti.

—No es de extrañar. Todo lo que se ha propuesto lo ha conseguido hasta ahora. Es un gran hombre —afirmó Norma.

—A propósito—dijo de pronto Clayton—. Desde que llegamos a la base no he tenido oportunidad de ver a. Waldon. Estará abrumado y tal vez pueda serle útil en algo. ¿Me dispensan?

—Desde luego. Nosotros continuaremos paseando.

Clayton marchó hacia los pabellones cuando los primeros focos comenzaban a iluminar las pistas y el terreno de pruebas con la luz blanco-lechosa del magnesio.

Los pabellones formaban un amplio anfiteatro, en cuyo centro hallábase enclavado el edificio destinado a la Dirección.

El hombre encargado de contener al gran número de personas que pretendían entrevistar a Waldon, saludó a Clayton al llegar éste a la entrada.

A una rápida señal de Clayton en dirección a la puerta giratoria, el hombre respondió con un signo afirmativo.

—Señores, por favor—rogó dirigiéndose a los demás—. Dejen paso. El señor Waldon ha dado orden de no ser molestado. No recibirá a nadie hasta mañana. Despejen, hagan el favor.

Nadie intentaba irse. Todos alimentaban la esperanza de que Waldon accediera al fin a anticipar cualquier noticia.

Clayton se adentró en el pasillo. Ascendió rápidamente la escalera que le dejó en la planta principal, Al final del corredor hallábase el despacho de Waldon.

Todo estaba sumido en un silencio sedante, una vez quedaba amortiguado el tumulto exterior. Seguramente Waldon, tras la orden de que no le molestaran, hallaríase en el despacho ultimando algunos preparativos, confiado en que nadie llegaría hasta él.

Avanzó Clayton hacia la puerta y apoyó la mano en el tirador. En el instante en que iba a solicitar permiso para entrar, hirió su olfato un penetrante olor.

Quedó detenido, expectante, aspirando el olor tan conocido. En el interior de la estantía no se oía rumor alguno. Sin embargo, la luz que se filtraba por la rendija inferior indicaba que Waldon se encontraba dentro.

Echando una rápida ojeada a lo largo del solitario corredor, Clayton

arrodillóse junto a la puerta con suma cautela y sigilo, aplicando la nariz a la rendija. El olor era más penetrante e hiriente.

Reprimiendo un estremecimiento, atisbo por el ojo de la cerradura. Repugnábale hacerlo, pero una espantosa sospecha había hecho presa en su mente.

El espacio que podía distinguir era muy reducido. No obstante la mesa de Waldon era visible por estar situada frente a la puerta, y Clayton pudo ver el sillón.

Waldon encontrábase sentado en él, pero en una extraña postura. La cabeza le caía a un lado, como si estuviera dormido o inconsciente. Apoyaba la espalda en el respaldo y los brazos le caían inertes.

Clayton no podía distinguir más que el busto. Mas ahogó un grito de asombro al descubrir que el pecho de Waldon mostrábase al descubierto con la camisa abierta como violentamente.

Su primera intención fue la de forzar la puerta para prestarle auxilio. Pero algo más fuerte que él mismo lo contuvo. Waldon estaba accidentado, ello era evidente, pero Clayton, por extraña intuición, no obró en consecuencia.

En el lado derecho de la puerta existía una ventana que daba al despacho. Estaba cubierta por un marco encristalado que se accionaba desde el interior. Y los cristales, a su vez, estaban cubiertos por una tupida cortina colocada en el despacho.

Llegó Clayton hasta la ventana. Por allí le sería más fácil penetrar en el interior rompiendo los cristales.

Pero no le fue necesario hacerlo. El cierre interior no estaba corrido, y comprobó con satisfacción que cedía a su empuje.

Con la suavidad de un gato consiguió izarse hasta ella y deslizarse hasta el interior, quedando oculto en el hueco dejado entre la cortina y la pared.

Por qué actuó de aquella manera, ni el mismo podría explicarlo. Fue un instintivo presentimiento de algo peligroso y desconocido.

Entreabrió la cortina con sumo cuidado, lo suficiente para poder abarcar con la vista la habitación.

Y una sensación desconocida de horror estremeció su medula, haciéndole crispar las manos y desorbitar los ojos en un horrendo estupor.

El cuerpo de Waldon continuaba como inconsciente. ¡Pero no estaba solo! En un ángulo de la habitación erguíase informemente algo espantoso que se movía.

Era una indescriptible masa gelatinosa en la que solo tres cosas podían identificarse: dos alucinantes tentáculos que sostenían uno de los botes conteniendo plasma sanguíneo, y una boca puntiaguda y cónica aplicada al recipiente.

Hasta Clayton llegaba el apagado rumor del espantoso gorgoteo.

Aquello terminó de beber el contenido del bote, y luego Clayton le

vio arrastrarse, resbalar por la habitación, con los repelentes y lentos movimientos de un cefalópodo.

Quedó al fin junto a la mesa y entonces se irguió nuevamente apoyándose en ella.

Clayton creyó estar viviendo una espeluznante pesadilla al contemplar lo que sucedió después. La masa llegó hasta el descubierto pecho de Waldon y quedó como adherida a él. Breves instantes después había desaparecido por completo.

Vio a Waldon recuperar el conocimiento y abotonarse la camisa con toda tranquilidad. Observó como leía atentamente unos documentos, incorporándose después.

Antes de que Waldon abriese la puerta, Clayton quedó agazapado en su escondite como una sombra, conteniendo la respiración.

Aún no había logrado recuperarse del estupor sufrido. Oyó cerrarse la puerta suavemente y los pasos de Waldon alejándose por el pasillo.

Venciendo su repugnancia, Clayton llegó hasta la mesa. Ojeó rápidamente cuanto en ella había, sin nada extraordinario. Abrió los cajones, teniendo que forzar uno de ellos, y registró el interior.

Nada en absoluto.

Una idea, sin embargo, iba abriéndose paso en su mente. Más que una idea era casi una convicción. Urgía obrar con toda rapidez. Mañana tal vez fuera tarde. Podía estar equivocado, desde luego, mas de nada serviría poner a nadie al tanto de sus sospechas. No le creerían, e incluso él dudaba de estar en su cabal juicio.

Debía actuar y sin contar con ninguna ayuda,

Cada vez iba abriéndose paso en su cerebro, con mayor claridad, la significación de algunos hechos,

La idea iba adquiriendo solidez hasta adquirir la fuerza de una certidumbre. ¡Qué espanto! ¿Serían ciertas sus horrendas sospechas? Y si lo eran, ¿podría, en el corto tiempo que le quedaba, descubrir algo práctico contra ello? No lo pensó un segundo más. Salió velozmente y corrió por la pista hacia el aparcamiento de los coches.

Hasta llegar a él no vio a nadie. Ya había sonado la sirena anunciando que todos los extraños a la base de pruebas debían despejar las pistas y abandonar el recinto.

Pensó Clayton por un momento en buscar a Norma y hacerla partícipe de cuanto viera. Pero desechó la idea, pensando que ello le haría perder algún tiempo.

Empuñó el volante y se lanzó raudamente en dirección al laboratorio de la Organización. Aún quedaban algunas horas que podrían ser muy importantes para sus proyectos.

Si sus sospechas no llegaran a cristalizar en realidades... Bueno, Clayton no quería ni pensar en ello.

Le parecía escuchar aún las palabras irónicas y mordaces de quiénes

le culparon anteriormente. Nuevamente sería tachado de excéntrico e incluso de anormal.

Pero ¿y si estaba en lo cierto como antes?

Los anuncios luminosos parecían lanzarles burlonas muecas mientras su mirada estaba fija en el reluciente asfalto.

CAPITULO VII

La fuga

Al día siguiente aún continuaba Clayton en el laboratorio, ocupado en sus misteriosos quehaceres. Una llamada telefónica de Norma al mediodía, interesándose por su ausencia de la Base, le obligó a prometerle que llegaría allí en breves minutos.

Norma le esperaba para comer juntos. No le pasó desapercibida a la joven la palidez de Clayton, las profundas ojeras marcadas por el insomnio, y, sobre todo, el gesto de intensa preocupación denunciado por la profunda arruga del entrecejo.

Comieron en un restaurante cercano a la Base. Era un lugar acogedor y grato al cual ya habían ido en distintas, ocasiones.

Norma eligió unos platos que fueron rápidamente servidos por el diligente y bigotudo italiano que era dueño y mozo a la vez del establecimiento.

La comida se realizó en un silencio absoluto por parte de Clayton, en tanto que Norma optó por respetar aquel mutismo, tras haber intentado varias veces entablar conversación y recibir tan solo respuestas lacónicas y distraídas.

Algo importante embargaba la mente de Clayton. Y ella lamentó íntimamente el hecho de que él no la hiciera partícipe de sus preocupaciones.

Decidió insistir. En un tono ligero, como sin darle importancia, lanzó una pregunta al azar, evitando parecer indiscreta.

—¿Algo que no marcha bien, Dick?

El dejó el tenedor sobre el plato y limpióse los labios con la servilleta. Norma observó que había comido muy poco.

—Perdóneme, Norma. Sé que resulto un compañero de mesa bastante aburrido. Estoy hondamente preocupado.

—No tenga apuro por mí en absoluto. Me encuentro bien en su compañía. Le he preguntado al verle tan preocupado, y por si puedo ayudarle en algo.

Clayton quedó mirándola fijamente, sin responder. Mas su mirada fue perdiendo fijeza hasta convertirse en la vaga y lejana mirada del hombre abstraído. Norma diose cuenta de ello y sintió un impulso irrefrenable de ayuda y camaradería hacia aquel hombre acosado por algún pensamiento obsesionante.

—Norma—musitó él con lentitud—, ¿tiene confianza en mí?

—Absoluta, Dick—se apresuró ella a contestar—. Más que la he tenido en nadie—agregó, y Clayton no se dio cuenta de la apasionada ternura de su voz.

—Estoy enfrentado a un terrible enigma—Clayton hablaba lenta y solemnemente—. He trabajado durante toda la noche y he de continuar. ¡Norma! —su voz tuvo algo de llamada desesperada, de intensa angustia—.

Temo perder la razón. ¡Es tan horrible!

Ella se alarmó. El tono empleado por Clayton le era desconocido. Nunca le había oído hablar así.

—¿Qué ha ocurrido? Dígamelo, se lo ruego—pidió anhelantemente.

Permaneció Clayton silencioso unos minutos, en tanto que ella no sabía cómo contener la emoción. Al fin, él pareció tomar una repentina resolución.

—No sé por qué lo hago, Norma—habló precipitadamente—. Es usted la única persona a quien lo comunico. He descubierto algo horrendo, espantoso...

Era su voz tan desesperadamente desgarrada, como teniendo la convicción de no ser creído, que Norma sintió un intenso escalofrío. Colocó su mano temblorosa sobre la de él, y le animó:

—Explíquese, Dic. Juntos, tal vez sea posible hallar solución.

—Dígame, Norma, ¿qué opinaría si le dijera que he visto un terrible ser de otro mundo?

Ella se estremeció violentamente. Todo lo esperaba menos aquella sorprendente declaración. Clavó su alarmada mirada en Clayton y habló temblorosamente:

—¡Dick! ¿Se encuentra enfermo?—inquirió, asustada. Pero rectificó inmediatamente al ver su dolorida mirada. Por aquel terreno haría imposible la confidencia.

Procurando dar un tono normal a la pregunta, agregó:

—¿De otro mundo? ¿Qué le hace suponerlo?—la mano apoyada en Clayton temblaba perceptiblemente.

—¿Recuerda al piloto recogido a orillas del Magali?—preguntó Clayton a su vez. Y ante el mudo asentimiento de Norma, prosiguió—: Aquel hombre también fue... utilizado... por esos seres monstruosos.

Evidentemente costábale esfuerzos explicar sus sospechas. Comprendía que ni él mismo las hubiese creído contadas por otro.

Miró angustiadamente al rostro de ella.

—¿Me cree, Norma?

—Continúe—le alentó ésta. Estaba subyugada y aterrorizada. Su pensamiento le hacía ver a un Clayton perturbado por su intenso trabajo.

—Últimamente he comprobado algo inconcebible —continuó él—. Cuando marché ayer hacia el despacho de Waldon llegué hasta la puerta. ¡Y percibí el olor! Aún más intenso que otras veces. Miré por la cerradura y vi a Waldon desvanecido—hablaba con vehemencia. El recuerdo de lo ocurrido le excitaba en extremo—. Salté por la ventana y quedé tras la cortina. ¡Dios mío! ¡Lo que vi, Norma...! No puedo explicárselo con palabras. Le aterraría y no llegaría a comprenderlo plenamente. Corrí al laboratorio y trabajé toda la noche. Creo que conseguiré frenar el peligro. Ahora he de marchar de nuevo. Debo conseguirlo antes de mañana. ¡Antes de mañana!

—Mañana es la fecha fijada para los lanzamientos —observó ella.

—Lo sé, Norma; eso es lo terrible. Necesito pedirle una cosa. Usted únicamente puede hacerlo sin despertar sospechas.

—¿Qué he de hacer?—preguntó Norma, trémula.

—Vigilar a Waldon. Vigilar todos sus movimientos hasta que yo regrese a la Base. Y si observa algo sospechoso; quiero decir, algo imprevisto, algo que le haga suponer que no entra en los planes previstos para los lanzamientos... ¡dispárele, Norma! Dispárele hasta darle muerte... ¡si es que puede morir!

—¡Dispararle!—exclamó Norma con un soplo de voz.

—Eso he dicho. Y no tema hacerlo. Yo explicaré las causas y las demostraré. Provéase de una pistola y llévela oculta. ¡Espere! Tome ésta.

Extrajo una automática del interior de la americana y la deslizó en el bolso de Norma.

—¡No titubee, por Dios! Nos va en ello más que la vida misma.

La cabeza de Norma daba vueltas como una peonza ante la serie de absurdas manifestaciones de Clayton. Era casi seguro que aquel hombre estaba perturbado. Sin embargo, prometió:

—Confíe en mí, Dick. Lo haré si es preciso.

Y decidió ejecutar en parte las instrucciones de éste. Amaba a Clayton intensamente, aunque él parecía no haberlo advertido. Y entre considerarlo un demente perdido para siempre, optó por albergar en su corazón aquel único rayo de esperanza de que no estuviera equivocado en las imposibles y horrendas sospechas.

—Volveré ahora mismo al laboratorio—decidió Clayton—Ya sabe dónde puede hallarme caso necesario.

—Esperaré su regreso con ansiedad, Dick...

—¿Acaso emprende usted algún viaje, Clayton? —intervino una voz en tono divertido.

Ambos alzaron las cabezas, sorprendidos. A espaldas de Norma encontrábase Waldon, en pie y sonriente, que había llegado hasta allí sin que ellos se hubieran dado cuenta.

—¿Me permiten que tome asiento?—preguntó Waldon, sin reparar en la sorpresa que había causado.

—Desde luego; puede hacerlo—accedió torpemente Clayton.

—Celebro encontrarles—aseguró Waldon, mientras ojeaba la minuta —. Decidí tomar un bocado y me encaminé hacia aquí. A propósito, Clayton, ¿dónde diablos ha estado usted metido? Pregunté por usted dos veces esta mañana y no pudieron localizarle.

—Estuve en el laboratorio hasta hace un momento—replicó Clayton —. Tengo en observación unos cultivos y quise echarles una mirada. Los he encontrado perfectamente.

—Bien; supongo que estarán impacientes, como yo mismo, por ver el resultado de los lanzamientos de mañana.

—De ello estábamos hablando—mintió Norma—. Clayton opina que

es el más atrevido intento realizado hasta ahora.

—Atrevido exactamente, no — rectificó Waldon, sonriendo—. Puede que sea algo más avanzado que otros. Pero seguro, no lo duden. Esta tarde deseo dedicarla a revisar personalmente los dispositivos acoplados en ellos. Me agradaría ser acompañado por ustedes. Los cultivos de gérmenes y el plasma sanguíneo me preocupan.

Clayton aprovechó la oportunidad que se le brindaba para que Norma permaneciera junto a Waldon vigilándole.

—Precisamente—dijo—, algo parecido acabo de decir a la señorita Lodenwell. Ella estaba dispuesta a realizar la inspección de los cultivos instalados en los cohetes. Puede confiar absolutamente en ella. Si no le es imprescindible mi presencia, le ruego me permita marchar al laboratorio y terminar lo que tengo comenzado.

—De acuerdo—aprobó Waldon—. Con sumo gusto le cambio a usted por la doctora Lodenwell—agregó galantemente.

Clayton despidióse de ellos, lanzando a Norma una significativa mirada.

Mientras atendía a conducir el coche a través del denso tráfico callejero, pensó por unos instantes en lo que pensaría de él la encantadora Norma. Y tuvo como un ligero arrepentimiento de haberla metido en aquel peligroso asunto.

* * *

Norma caminaba junto a Waldon. Saludó a Conti, que se hallaba al borde de la pista conversando con dos pilotos espaciales, y el italiano le envió un galante saludo.

Gran parte de la tarde la había empleado Norma en acompañar al Director en su Visita de inspección. Esta fue laboriosa en el cohete destinado a transportar los gérmenes cultivados.

Waldon iba vestido con ropa adecuada para ello, y no dejaba de comprobar resorte o palanca, conexión o circuito, por difícil situación en que estuviera instalado.

Norma pensó en Clayton. ¿Qué estaría haciendo en el laboratorio? La llegada de Waldon al restaurante impidió que Clayton le comunicase nada más respecto a sus sospechas. No podía evitar pensar con preocupación en la confidencia de éste. Hasta ahora no había podido observar nada sospechoso en la actitud de Waldon que confirmara las dudas de Clayton. ¿Estaría equivocado? Más bien que equivocado, Norma creyó firme y dolorosamente que se hallaba algo desequilibrado.

Los constantes y duros trabajos de investigación a que Clayton llevaba dedicado tantos meses, habrían originado en él, probablemente, un desequilibrio nervioso y mental que podría resultarle peligrosísimo. Norma decidió emplear con él la persuasión amistosa a fin de que se tomara algún descanso, tan pronto fueran lanzados los proyectiles.

Ahora correspondía inspeccionar el artefacto en que se habían alojado los recipientes de plasma sanguíneo.

Waldon despidió a los dos ingenieros que los acompañaron hasta entonces, y volvióse a Norma con sonriente rostro.

—Conozco el interior de ese proyectil mucho mejor que mi propio alojamiento—aseguró—. Vamos a entrar en él y usted inspeccionará lo referente al plasma. Pase.

Norma ascendió la escala metálica acoplada a la parte posterior del cohete. El interior de éste resultaba más amplio de lo que su apariencia exterior hacía suponer.

La posición inclinada en que se hallaba obligaba a caminar trabajosamente por el pasadizo central. Waldon ayudó a Norma hasta que ésta penetró en la cámara donde iba alojado el plasma envasado.

—Cuando termine la inspección—le recomendó Waldon—levante esta pequeña compuerta y ascienda a la parte superior. Allí está instalado el instrumental y podrá hallarme fácilmente.

Quedó Norma en la estrecha cámara, mientras Waldon ascendió por la compuerta que semejaba la escotilla de un buque.

Ni por un momento sintió Norma inquietud alguna, pese a las enigmáticas palabras de Clayton. Encontraba a Waldon un hombre correcto, naturalmente entusiasmado ante la realización de sus proyectos.

Procedió, lenta y concienzudamente, a revisar la instalación de los receptáculos de plasma. Los aparatos medidores y generadores de temperaturas la embargaron un buen rato, y llegó a olvidarse de todo, abstraída totalmente en su tarea.

Cuando graduó el último resorte y corrió la compuerta metálica de aquel extraño anaquel, comprobó por la mirilla oval que las pistas ya estaban iluminadas con luz artificial.

Decidió ascender por la escotilla para advertir a Waldon que ya había terminado. Trepó ágilmente por la escala y traspasó la abertura. A partir de aquella sección del proyectil, éste aparecía más espacioso y amplio.

A la derecha quedaba una compuerta metálica, que a Norma le hizo recordar la de los submarinos. Cerraba herméticamente por la acción de células fotoeléctricas, las que también eran sensibles a la dirección a distancia cuando la nave se hallara en vuelo.

Norma golpeó en ella con los nudillos. Instantáneamente, descorrióse la chapa metálica dejando libre el acceso.:

Al penetrar en el interior, Norma quedó sorprendida. Aquella sección no era conocida por ella, y Waldon se había mostrado poco partidario de darla a conocer a nadie. Tan solo los técnicos encargados de su ejecución la conocían.

Frente a ella, un perfecto cuadro de dirección de vuelo relucía brillantemente a la verdosa luz que iluminaba la cámara. Más que un proyectil para ser lanzado al espacio, parecía realmente una nave espacial dispuesta

para ser pilotada y dirigida por seres humanos.

Ello le admiró. Sabía que el cohete sería lanzado sin pilotos. Pero se admiró aún más cuando miró hacia el ángulo en que una gran pantalla iluminada mostraba algo así como un planisferio.

Porque allí, junto a la iluminada pantalla, encontrábase Waldon observándola atentamente. Un Waldon desconocido, solemnemente serio, vestido por completo con un traje espacial de dorados reflejos.

—¡Oh!—exclamó Norma entre sorprendida e inquieta—. No creí hallarle así vestido. ¿Ha querido ambientarse totalmente?—añadió, queriendo dar a sus palabras un tono ligero y festivo.

Waldon no se inmutó; ni recibió la pregunta con la natural sonrisa que era de esperar.

—Aproxímese y tome asiento, señorita Lodenwell —dijo, señalándole el que se hallaba frente a los cuadros de mando.

Ella le obedeció maquinalmente. Waldon prosiguió:

—Antes de que conozca lo que va a conocer, puede que resulte necesaria una breve explicación.

Hizo accionar una palanca, y la compuerta de entrada quedó cerrada herméticamente.

—Así es mejor—comentó Waldon—. Nadie podrá interrumpirnos. Estamos aislados por completo.

Tomó asiento a su vez frente a la pantalla y encaróse con Norma. Esta empezaba a sentirse inquieta. Su mano quedó apoyada en el pecho, sintiendo la dureza de la automática oculta.

—Comenzaré desde un punto que usted conocerá —habló Waldon reposadamente—. ¿Está al tanto de los primeros experimentos con gérmenes cultivados por el doctor Clayton?

—Desde luego—afirmó Norma, intrigada—. Llevo trabajando con él varios años...

—De acuerdo—la interrumpió Waldon—. Entonces no será necesario decirle que entre los gérmenes enviados al planetoide incluyó algunas bacterias muy... ¿cómo diríamos? muy agresivas.

—En efecto...

—Ni que a continuación nació la envidia ante su talento, y los intrigantes hicieron presa en él hasta llevarle a un proceso escandaloso del que salió bien milagrosamente, aunque con su crédito resentido...

—Fue una injusticia. Usted mismo lo ha reconocido públicamente—argumentó Norma, sin poder tranquilizarse ante el giro que iba tomando la conversación.

—Eso es, precisamente, lo que quiero decirle. Aquellas bacterias llegaron al planetoide. Puedo dar fe de ello. Eran bacterias desconocidas en aquel mundo y originaron una espantosa y lenta enfermedad entre sus habitantes, amenazando terminar con ellos. Algo parecido al cáncer o la lepra en la Tierra.

—¡Qué horror! ¿Cómo lo sabe?—quiso saber Norma, ya del todo alarmada.

¡Cielos! ¿Estaría loco también Waldon? Era la segunda y absurda confidencia que recibía en un día. ¿O estaría loca ella? Continuó escuchando.

—No se impaciente. Contamos con tiempo suficiente, mucho tiempo —aseguró Waldon con tono sentencioso, recomendándole calma con un movimiento de la mano—. Los seres que habitan aquel mundo sufrieron el espantoso azote sin poder descubrir quiénes se lo enviaban. Hasta que los científicos lograron investigar que era producido por gérmenes desconocidos. Sepa usted, pues, los resultados del experimento de un hombre que no se detuvo a meditar lo suficiente.

—Pero—tartamudeó ella—, aun admitiendo todo eso, Clayton no podía imaginar...

—Debió preverlo—decidió Waldon con dureza—. No deben creer los terráqueos que son ellos los únicos habitantes de este inmenso espacio cósmico. Existen otros seres, semejantes o no pero seres al fin, que tienen un perfecto derecho a vivir, ¿comprende? Esas pruebas a ciegas, sin meditarlas largamente, son... temeridades criminales. Los terráqueos son incomprensiblemente ciegos y egoístas en ese aspecto.

—Habla usted como si…

—¿Como qué? — interrumpió Waldon con aire exento de amistad ni afecto.

—Como si usted... no lo fuera.

—Está en lo cierto—fue la desconcertante réplica—. Pertenezco a ese mundo atacado tan injustamente.

—¡Usted!—gritó Norma levantándose de repente y sintiéndose atacada por un terror invencible.

Así, pues, Clayton estaba en lo cierto. ¡Había seres, o por lo menos un ser de otro mundo en la Tierra! Waldon así lo aseguraba.

—Tranquilícese—recomendó éste—. Exactamente yo, Henry Waldon, no soy ese habitante. ¿Recuerda al piloto que hallaron en África y desapareció hasta ser hallado nuevamente en Mombasa? Lo recuerda, ¿no es cierto? Pues bien: aquel hombre también era yo. Y un marino escocés, y un fogonero naval, y un ingeniero astronáutico... ¡Todos! Y, finalmente, ¡Henry Waldon!

Sonrió diabólicamente, como gozando con el terror retratado en el semblante de Norma.

—No me cree, ¿verdad? Cree que estoy loco. Quedará convencida cuando termine. Siéntese de nuevo y escuche.

Ella se dejó caer sin fuerzas en el asiento. Estaba como fascinada, sin poder retirar la vista de aquel hombre. ¡Loco! ¡Estaba encerrada en el proyectil con un demente! Era inútil gritar, nadie la oiría y ella lo sabía; mas a pesar del horror que la dominaba, su cerebro buscaba desesperadamente una solución.

—Los científicos yussianos—prosiguió Waldon, que parecía hallar satisfacción en aquellas explicaciones— prepararon a un ser llamado Klens para lanzarlo al mundo que creyeron causante del ataque. Es asombroso saber que no estaban equivocados. Pero ocurrió algo que cambió un tanto los planes. Un hombre de este mundo fue recogido por los pilotos espaciales de Yussi, el planetoide atacado. Y fue descubierto e] misterio. El remedio contra la terrible enfermedad se encuentra envasado ahí abajo—Waldon señaló a sus pies…

—¡Sangre humana!—casi gritó Norma, en el paroxismo del terror.

—Exacto. ¿No considera curioso que los mismos seres que originaron la enfermedad posean el remedio en sus cuerpos?

—Pero... ¡eso es horrible!

—Menos que sembrar enfermedades en cuerpos sanos. Es la expiación de una culpa.

—¡Santo Dios! ¿Y usted...?

—Yo soy Klens, el ser enviado por Yussi. Y llevo el remedio para atacar a esa enfermedad. Pero aún necesitaremos mucha sangre. La misma que conseguiremos haciendo llegar a los terráqueos a nuestro mundo. Para ello les he dejado abiertas las rutas del espació...

Ella quedó enmudecida ante el terrible augurio. Waldon continuó, con sonrisa maligna:

—No crea que ha pasado para mí desapercibida la actividad últimamente desplegada por el doctor Clayton. Es un hombre muy inteligente y ha llegado a sospechar, si no todo, por lo menos parte de lo que usted ya sabe. Y deben ser muy fuertes sus sospechas cuando ha llegado hasta a forzar un cajón de mi despacho.

—No lo hizo...—comenzó a decir Norma. Pero se dio cuenta de su torpeza y calló de repente.

Mas Waldon ya había oído lo bastante.

—¡Ah!—exclamó con interés—. Resulta que está usted enterada. Lo que me suponía. Clayton la habrá hecho partícipe de las sospechas que abrigue respecto a mí. Lo siento, señorita Lodenwell; he de incluirla entre las personas peligrosas en que está comprendido Clayton. Lo atraeré hacia aquí y será conducido hasta mi mundo. O mejor...

—¡No!—gritó frenéticamente Norma—. ¡No! ¡Lo evitaré! ¡Lo evitaré como sea!

—No sea ingenua, señorita. Usted no podrá evitar nada. ¿Supone que me arriesgaré a dejarla libre tal como están las cosas?

— ¡Lo haré!—repitió Norma completamente trastornada—. ¡No podrá impedirlo!

—Ya lo estoy haciendo—replicó Waldon con calma. Movió algunas palancas y Norma oyó funcionar los cierres metálicos a lo largo del proyectil —. Y ahora—anunció Waldon , solo nos resta dirigirnos a Yussi. Será usted acogida... calurosamente. Lo mismo que los que nos sigan. Porque nos

seguirán, no lo dude—y rió con risa satánica.

Un frío glacial corrió por las venas de Norma. Rápida como un áspid, empuñó la automática y disparó hacia Waldon repetidamente, hasta que el percutor produjo un metálico chasquido.

Los estampidos atronaron la cabina. Norma vio, horrorizada, la señal de los impactos en la frente y pecho de Waldon, y a éste, como en un desesperado esfuerzo, rasgarse el traje espacial hasta dejar el pecho al descubierto.

Antes de morir—por lo menos, así lo creyó Norma—trató de hablar. Mas lo hizo con tranquila entonación.

—Acaba usted de dar muerte a Henry Waldon, señorita Lodenwell—dijeron los labios de Waldon—; pero Klens es invulnerable a esas armas. No ha conseguido nada positivo.

En el momento de caer desvanecida. Norma notó su cerebro turbado por una visión de horrenda pesadilla.

La alucinante masa que se alzó del cadáver de Waldon lanzó sus tentáculos hacia los mandos y, con un agudo e hiriente chasquido, el cohete espacial ascendió oblicuamente en la noche, dejando el intenso fulgor de su incandescente estela.

CAPITULO VIII

Momentos de angustia

EN el laboratorio, Clayton contempló con aire satisfecho los dos grupos de vasijas que tenía ante sí. Eran seis receptáculos de metal superligero y altamente resistente, unidos entre sí en dos grupos de a tres. Cada uno de los recipientes ostentaba un color, si bien los grupos estaban formados por tres colores distintos: rojo, blanco y amarillo.

Los precipitados trabajos de Clayton habían convertido al laboratorio en un verdadero maremagnum de tuercas, herramientas y sopletes. Sin embargo, cuando consiguió unir los tubos de salida de cada tres recipientes en uno solo, y acopló a esta única boca el extraño soplete más parecido a una corta metralleta, sus labios entreabriéronse en una sonrisa de complacencia.

Un fuerte y acre olor inundaba el laboratorio, mas Clayton parecía no notarlo. Llevaba bastantes horas trabajando en aquel artefacto que había ideado y, desde luego, estaba dispuesto a ponerlo en funcionamiento antes de que fuesen lanzados los proyectiles.

Si estaba equivocado, o bien sus sospechas eran infundadas... Bueno, tendría que ir buscando otra ocupación. No esperaba poder seguir en la Organización después de aquello.

Apartó algunas herramientas esparcidas por su alrededor y quedó en pie contemplando su obra.

Justamente en aquel instante resonó el teléfono.

Consultó Clayton el reloj, comprobando que eran las diez de la noche. ¿Quién podría llamarle? Recordó haber dicho a Norma que se encontraría en el laboratorio caso de necesitarle.

Llegó hasta el aparato y aplicó su oreja al auricular.

—¿Clayton? ¿Está el doctor Clayton?—oyó preguntar a una voz varonil.

—Soy Dick Clayton. ¿Quién habla?

—¡Oiga, Clayton!—le hablaban con voz excitada—. ¡Venga a la Base inmediatamente!

—¿Quién habla?

—Angelo Conti. Venga pronto. ¡Ha ocurrido algo horrible!

—¿Algún accidente?

—Precisamente. Una de las naves ha sido disparada sin previo aviso.

—¿Uno de los cohetes?

—Sí. El que contenía plasma. Vi a Waldon y Norma entrar en el proyectil para inspeccionarlo y...

—¡Conti!—gritó Clayton con angustia—. No me diga que Norma...

—Desgraciadamente. Entró con Waldon en el cohete y algún movimiento fortuito en los mandos hizo...

—¡No! ¡No es posible!—Clayton gritó frenético—. ¡Lo temía! ¡Es cierta mi suposición! ¡Maldita sea mi estupidez! ¿Me oye, Conti?

—Sí; oigo sus exclamaciones.

—¿Está en la Base?

—En ella me encuentro.

— ¡Preste atención, por Dios! ¿No es usted amigo de los pilotos espaciales?

—En efecto.

—Haga lo posible por reunir a dos de ellos para cuando yo llegue. Procure que sean hombres decididos. ¡Por mil diablos! Es necesario que se encuentren allí.

—Pero...

—No hay nada que objetar, Conti. Es algo más importante que la vida. Voy para allá.

Colgó el auricular y recogió como un rayo los recipientes preparados. Estos no pesaban apenas y le fue fácil transportarlos hasta el coche que se hallaba a la entrada.

Presionó el acelerador y, como una saeta, se adentró en. las calles atiborradas de tráfico, sin hacer caso de las señales luminosas.

* * *

Las pistas hallábanse iluminadas potentemente cuando Clayton llegó a ellas. Apeóse de un salto y corrió desesperadamente hasta llegar a la plataforma del cohete lanzado.

Un numeroso grupo de ingenieros y técnicos hacían cábalas y comentarios de lo ocurrido, mostrando sus rostros la gran consternación que sentían. A codazos, Clayton se abrió paso hasta quedar enfrentado al ingeniero que hablaba en aquel momento.

—¿Cuándo salió lanzado?—le preguntó con vehemencia.

El hombre le miró con curiosidad y respondió sin prestarle gran atención:

—Hace treinta minutos exactamente. Es lamentable por todos conceptos—habló dirigiéndose a todos—; existen diez mil probabilidades contra una de que pierdan la vida los que van en él. Debió ocurrir al presionar casualmente...

—No especulen más con las casualidades—cortó Clayton, brusca y nerviosamente—. Ese cohete fue lanzado adrede.

—¿Está loco?—saltó, asombrado, el ingeniero— Se encontraban en su interior, por si no lo sabe, una doctora de la sección de Análisis y el propio Waldon.

—Tengo la convicción de que él fue quien produjo el lanzamiento—afirmó Clayton, ante el pasmo de todos, mientras giraba la vista ansiosamente "a su alrededor.

— ¡Eh, Clayton!—llamó una voz.

Este miró en aquella dirección y vio a Conti separado del grupo,, en unión de dos hombres.

Con rápidos pasos dejó Clayton el grupo, que continuó discutiendo acaloradamente, y llegó hasta los tres hombres.

—¡Conti!—su voz era autoritaria y rápida—. Vaya al coche y tráigase unas vasijas que hay en él. ¡Pronto! Y ustedes, ¿son pilotos espaciales?—preguntó perentoriamente.

—Lo son, Clayton—afirmó Conti antes de obedecer lo indicado—. Mopant y Castro, dos viejos amigos.

Y partió a la carrera en dirección al coche. El gesto y la voz de Clayton irradiaban un dinamismo contagioso.

—Bien, amigos—dijo éste dirigiéndose a los pilotos—; por desgracia, no hay tiempo para largas explicaciones. Necesito dos hombres que estén dispuestos a pilotar esa nave—y señaló hacia el segundo proyectil.

Una bomba de luz que hubiese estallado a sus pies no habría hecho abrir más desmesuradamente los ojos a aquellos hombres.

—¿Pilotar... eso?—indagó Mopant incrédulamente.

—Eso he dicho. Y salir en seguimiento del primer cohete.

—Pero—objetó Mopant como si hablara con un demente—; ¿no sabe que ese proyectil no iba a ser tripulado? Cálmese, Clayton; es triste lo ocurrido y sabemos que esa chica...

Con voz fría y cortante como un cuchillo, le atajó Clayton:

—He dicho lo que pretendo. ¿Sí o no? Es cuanto deseo saber.

Mopant y Castro miráronse mutuamente con estupor. En aquel momento llegaba Conti cargado con las botellas metálicas.

—¿Qué hago con esto, Clayton? —preguntó.

—¡Es inútil, Conti!—Clayton lo miró con ojos desolados. Su voz tuvo un trémolo de desesperación—: ¡No sé tripular esa nave...!

Y dio unos pasos frenéticos, como jaguar acorralado sin encontrar salida.

—¿Qué nave?—preguntó Conti, mirando extrañado a su alrededor.

—¡Esa! ¿No la ve? ¡Ese cohete! ¡Maldito sea! Es el único medio con que podíamos contar... ¡y no puedo utilizarlo!

Conti miró interrogativamente a los dos pilotos.

—Pretende salir en seguimiento del primer cohete —explicó Mopant como si hablase del capricho de un chico.

—¡Salir... en seguimiento...! —balbuceó Conti—. De pronto se lanzó de un salto hacia Clayton y le prendió de un brazo—. ¡Clayton! ¿Por qué?—le apremió.

Este le miró un instante fijamente al rostro.

—Porque Waldon es de otro planeta y conduce el primer cohete—respondió con calma—. No fue accidente, lo sé. Y Norma...

—Lo creo, Clayton—le interrumpió Conti con voz apasionada—. Tengo fe en usted y puedo ayudarle. Espero que esté en lo cierto, porque si no... bien, siempre es hermoso perder la vida por rescatar a una dama en peligro. Yo puedo pilotar esa nave.

—¡Estás loco, Conti!—bramó Mopant impetuosamente—. Hallarán la muerte sin la menor duda.

—Gracias, Conti—gritó Clayton, asiéndose a aquella única esperanza y sin hacer caso a las palabras de Mopant—. Partiremos los dos.

—Un momento—intervino Castro, que hasta aquel momento no había pronunciado palabra. Era un hombre hercúleo, de voz profunda y centelleante mirada—. En el supuesto de que partan, ¿saben la ruta a seguir? ¿Llevan trajes acondicionados, provisiones y todo lo demás? Eso no es ningún paseo de recreo.

Aquellas sensatas palabras fueron un jarro de agua fría para el ímpetu de Clayton.

—No...—musitó apesadumbrado. Pero se animó de nuevo—: ¡Lo conseguiremos! ¡Hemos de salvar a Norma!

—No se precipite, Clayton—recomendó Castro—. Es muy fácil decir eso, pero... Si sabe el punto de destino, conviene meditarlo un poco. Ayudaré en lo que pueda. Así, pues, son necesarios seis trajes espaciales, alimentos... ¡Casi nada!

Quedó un momento pensativo y agregó:

—¿Saben cómo está de carburante ese chisme?

—Tiene suficiente energía generadora como para ir cien veces de la Tierra a Marte—aseguró Clayton, esperanzado—. Estuve presente en los cálculos.

—De acuerdo. Nos arriesgaremos. Yo quedo encargado de esas cosas necesarias. Naturalmente, habrá que hacerlo... sin mirones—añadió con burlona sonrisa.

—¡Escucha, Castro!—gritó Mopant agresivamente—. ¿Se puede saber lo que intentas? ¿Qué ideas te hierven en esa cabezota?

—Ningunas,, franchute. Tan solo que seremos tres los tripulantes. ¿Crees que iba a dejar a este mocoso —señaló a Conti—que se las entendiera con los mandos?

—¡Por mil rayos!—clamó Mopant llevándose las manos a la cabeza —. ¡Tú también!

—Sí, amigo. ¿No has oído que una dama se halla en peligro? Ya sabes que mi país es el del Quijote., Esta será una aventura, si no de molinos, por lo menos de naves espaciales.

—¡Mon Dieu! ¿Has olvidado acaso a nuestro héroe de Tarascón?

—¡Mopant!—gritó Castro alegremente, tendiendo los brazos a su amigo—. ¡Venga un abrazo! Sabía que no te quedarías. Buscaremos equipos para todos. Y ahora, atiendan esto. Hemos de actuar con toda cautela. La excitación producida por el inesperado lanzamiento hará que las pistas estén más frecuentadas esta noche. Ello favorecerá nuestros planes. No dejen de estar atentos y próximos a nuestro... ataúd —miró hacia el proyectil—. Traeremos con toda reserva lo que podamos conseguir y ustedes se encargarán de introducirlo. ¿De acuerdo? Tenemos toda la noche por delante.

—Gracias, amigos—dijo Clayton con voz conmovida—. Ojala podamos...

—¿Poder, dice? Este diablo pelirrojo—Castro señaló hacia Mopant—es capaz de conducir un globo de papel hasta Júpiter, si se lo propone. ¡Ja! ¡Ja!

Los dos pilotos partieron cogidos del brazo como quienes van a celebrar algún gracioso acontecimiento.

Conti quedó junto a Clayton, viendo alejarse a aquellos dos decididos y providenciales colaboradores.

Y Clayton notó los ojos empañados por las lágrimas y su garganta atenazada por algo tan angustioso y admirable a la vez, que no pudo pronunciar palabra.

CAPITULO IX

Lucha en el satélite

Ya estaban aquellos cuatro hombres embarcados en la más atrevida y suicida aventura que pudiera imaginarse.

La nave espacial había sido lanzada de improviso, una vez la dotaron de cuanto creyeron necesario y, por segunda vez en aquel día, el personal técnico de la Base quedó, no ya asombrado, sino realmente estupefacto.

Aquel cohete no estaba acondicionado para llevar dotación, por lo que los arriesgados astronautas hubieron de multiplicarse para dejar en su interior espacio suficiente para su acomodo. Fueron desembarcados y dejados en tierra los pequeños tanques que contenían los gérmenes cultivados, y con ello quedó cabida suficiente para que ellos pudieran acoplarse, si no cómodamente, por lo menos con reducidas molestias.

Ahora bien, aquel arriesgado viaje habría de ser necesariamente corto, aun cuando el cohete contaba con suficiente carburante como para prolongarlo. No así ocurría con los alimentos de que pudieron hacerse ante la precipitación de la partida.

Mopant, con la calmosa tranquilidad de quien se hallara en una nave espacial perfectamente acondicionada, manteníase frente al cuadro de dirección de vuelo; el mismo cuadro que hubiera sido dirigido desde tierra de haberse hecho el lanzamiento previsto. Junto a él, Castro aplicábase a trazar líneas en el plano extendido ante él.

El planetoide considerado por Clayton como meta del viaje, y adonde decía tener la convicción de que se había dirigido Waldon, aparecía en el plano rodeado por un círculo en rojo.

Tanto Clayton como Conti contemplaban extasiados, a través de las estrechas mirillas transparentes, el alucinante espectáculo de aquella infernal zona de aerolitos que estaban atravesando.

Una gran masa luminosa, girando alocadamente y dejando una brillante estela de chispas, cruzó ante ellos dejándolos sobrecogidos.

—Si sobreviniera una colisión... —susurró Conti a media voz.

—Sería el fin de todos—agregó Clayton con la mirada perdida en el espacio cósmico.

—¡Eh, amigos!—llamó en aquel momento Castro—. Estos trazos en el plano señalan la dirección que llevamos. Es decir, que llevamos si los aparatos de dirección y deriva están en condiciones. Esperemos que sí, ¿eh, Mopant?

El aludido asintió en silencio.

—Pronto dejaremos atrás la zona de aerolitos —prosiguió Castro—. ¡Rayos! Hasta que eso ocurra no podemos respirar tranquilos. Menos mal que esta cáscara está acondicionada mucho mejor de lo que pudiéramos pensar...

Aplicó los ojos a los tele-objetivos que mostraban el espacio frente a la proa del cohete. A continuación, conectó con la pantalla, y ésta quedó

iluminada reflejando el espacio exterior.

Mopant echó una rápida mirada a la pantalla.

—Creo que podemos fijar los mandos automáticos —aventuró—. La nave puede continuar la ruta sin estar pendientes de la dirección.

Accionó unos mandos y fijó determinados resortes.

—Magnífico — aprobó satisfecho—. Queda poco para salir de este archipiélago espacial. Gracias a que este trasto está dotado de generadores de ondas de choque, que le harían desviarse caso de haber peligro de colisión con algún cuerpo celeste. No está mal del todo.

Los cuatro hombres quedaron agrupados en el único lugar espacioso con que contaban.

Mopant fue quien primero habló.

—Bien—dijo—; la locura ya está cometida. Me gustaría ver la cara que habrán puesto todos esos técnicos—sonrió como un chico travieso—. Ahora es preciso reflexionar serenamente en cuanto a las posibilidades que tenemos..

—¿Las posibilidades? ¿Posibilidades de qué? —indagó Castro burlonamente—. No tenemos más que seguir adelante. Seguir hasta hallar a ese otro cohete del infierno y rescatar a la joven. Por lo menos, eso era lo que pretendía Clayton, ¿no es así?

—En efecto—afirmó éste—. Y opino, además, que debo una explicación. Puede parecer inverosímil, pero cada vez me afirmo más en ello. Estamos enfrentados ante un hecho terrible y desconocido. Waldon, aun siendo terrícola, ha sido influenciado por seres extraños y se ha convertido en su instrumento. No sé exactamente cómo habrá ocurrido. Tal vez por fluido o materia desconocida que actúa dominando su cerebro y sus actos todos. Algo así debió ocurrirle a un piloto espacial a quien atendimos en África. Los hombres dominados por ese algo desconocido despiden un olor amoniacal. Estoy seguro de lo que digo.

—Pero—indagó Conti—, ¿qué fin persigue Waldon al dirigirse a ese planetoide?

—Eso forma parte de mi teoría—manifestó Clayton—. No creo equivocarme al asegurar que ese planetoide está habitado. Habitado por esos seres a que me refiero.

—¿Habitado por quién?—quiso asegurarse Mopant.

—Por seres distintos a nosotros. Casi afirmarla que por seres cuya composición básica es materia nitrogenada. Waldon actúa influenciado por ellos. Fui testigo de algo espantoso. Del interior de Waldon fluía una materia gelatinosa que tenía vida propia, y después de salir y beber por sí misma plasma sanguíneo, volvía a introducirse en Waldon.

—¡Diablo!—exclamó Castró con un sobresalto— ¿Y dice qué lo vio?

—Pude verlo oculto tras una cortina de su despacho. Trabajé intensamente desde entonces hasta conseguir tres elementos químicos que, combinados, pueden actuar destructoramente en materia orgánica nitrogenada.

Ahí están.

—¿Esas botellas?—las indicó Mopant.

—Exactamente. Contienen tres gases distintos a presión, unidos en una sola salida que les hará salir mezclados. Espero que constituya una eficaz arma de ataque.

* * *

El vuelo transcurría con normalidad. A pesar de las prevenciones de Mopant y Castro, aquel chisme, como llamaban al cohete, estaba funcionando admirablemente. Los generadores de energía impulsábanlo al máximo, y aun cuando semejaba hallarse inmóvil en el espacio, su marcha era, sin embargo, fantástica.

Castro atendía en aquel momento los mandos. Súbitamente, fijó la vista en la pantalla y ahogó una exclamación de asombro. Continuó observando unos instantes, y al fin, gritó excitado:

—¡Mopant! ¡Clayton! ¡Conti! ¡Venid todos! —su voz era apremiante—. ¡Por un millón de centellas!. ¿Han visto nunca algo parecido?

Y su índice mostraba un punto en la pantalla. Todos pudieron contemplarlo también.

Era un pequeño artefacto metálico semejante a una plancha cortada en forma de rombo y arqueado hacia abajo. En la concavidad inferior podía distinguirse una a manera de cabina, que indicaba bien a las claras tratábase de una nave espacial. Y su aguda proa parecía dirigida hacia un pequeño satélite iluminado por lívido resplandor.

Había entrado en el campo visual del cohete, desde la derecha, y continuaba rectamente su vuelo siguiendo una línea convergente con la dirección de la nave terráquea. No parecía haber advertido a ésta, y si la descubrió no por ello alteró su itinerario.

Tras el instante de estupor mientras contemplaron al extraño vehículo espacial, Mopant reaccionó saltando hacia los mandos.

—No es terráqueo—aseguró—. ¡Por las barbas de Júpiter! ¿Quiénes diablos pueden ser, Castro?

—No lo sé, pelirrojo. Pero procura no perder contacto con ellos. Parece que se dirigen a ese pequeño satélite.

Mopant mantuvo la distancia con la nave que los precedía. Su mirada adquirió la fría e imperturbable serenidad del piloto espacial dispuesto a entrar en acción. Señaló a Castro los mandos, y éste empuñólas palancas.

Quedó Mopant atento a la pantalla, y sus palabras fueron breves, lacónicas, secas.

—Atención. Acorta velocidad. Satélite cercano. La nave intenta establecer contacto con él. Deriva diez grados. ¡Pronto!

Castro ejecutó la maniobra. Clayton y Conti guardaban un silencio impresionante.

—Endereza el rumbo—ordenó Mopant—. Conecto.

De un seco golpe presionó un mando, y la pantalla frente a Castro quedó iluminada. Ahora era el español el único piloto que dirigía.

Mopant volvióse a los otros dos.

—¡Rápido!—dijo—. La llegada al satélite es inminente. ¿Contamos con armas?

—Tan solo dos automáticas—confesó Conti, apesadumbrado—. No incluimos ninguna más en los equipos. No pensamos en ello.

—¡Bonita situación! ¿Qué podemos hacer, maldita sea?—clamó Mopant desesperado.

—Escuchen — intervino Clayton precipitadamente—. Si esa nave está tripulada por los seres que supongo, espero que esto resulte eficaz. Colócalo en tu espalda, Conti.

Ayudó a éste a colocarse, a manera de mochila, tres recipientes unidos. Mopant los observaba con mirada escéptica.

—¿Piensan fumigarlos como a insectos?—preguntó jocosamente sin convicción.

Clayton no respondió. Terminó de colocar a Conti la original carga y él a su vez procedió a hacer lo propio.

—El manejo es sencillo—aseguró, una vez quedó terminada la operación—. Este disparador acciona la salida y mezcla de los gases. Diriges el chorro hacia el objetivo y... ya veremos lo que resulta.

—Colóquense los cascos—ordenó la voz de Castro—. Acérquenme el mío. Vamos a tomar contacto con el satélite. La otra nave lo ha hecho ya.

Rápidamente, Mopant se le aproximó llevándole lo pedido. Todos quedaron cubiertos con los espaciosos cascos provistos de antena, que les daban semejanza con monstruosos insectos.

Ya solo tendrían contacto entre sí por medio de los micrófonos emisores-receptores instalados en los cascos. Los generadores de atmósfera acoplados en los cinturones, fueron conectados al interior de los trajes espaciales que los cubrían.

Hasta Castro llegó la voz de Mopant. Los demás también le oyeron decir:

—¿No será arriesgado descender, Castro? ¿Podrá el cohete despegar luego sin deslizadores?

—Hay que correr ese riesgo—respondió Castro—.

Intentaré dejarlo en posición vertical para facilitar el despegue.

—¿La otra nave?—inquirió Mopant.

—Ha quedado oculta al otro lado. El satélite es pequeño.

—Adelante, Castro. La mesa está servida—finalizó Mopant en tono de broma.

El cohete ejecutó una limpia curva que le dejó situado sobre una gran extensión gris aparentemente llana. Castro hizo entrar en funcionamiento el reactor de contención, haciendo cesar la salida de carburante.

Mansamente, con el suave descenso previsto por los técnicos que lo

construyeron, el cohete quedó posado con ligera inclinación sobre la superficie del satélite desconocido. Sus fuertes soportes automáticos de sustentación quedaron profundamente clavados en la gris llanura, imprimiendo al proyectil un blando y muelle movimiento de suspensión.

Como un extraño y gigantesco insecto, quedó finalmente inmóvil en aquel mundo de pesadilla.

* * *

Clayton caminaba junto a Castro, si consideramos que podía denominarse caminar a aquel movimiento casi flotante a ras del suelo a que los obligaba la menor gravedad del satélite.

Equipado con el traje espacial y empuñando firmemente el disparador conectado: a las botellas,

Clayton atisbaba ansiosamente el estéril espacio que se extendía ante él. Castro, por su parte, empuñaba en su mano de gigante una corta barra metálica, que, a falta de otra cosa, constituía una terrible arma manejada por él.

Avanzaban rápidamente. Su misión consistía en localizar el lugar en que se había posado la nave espacial desconocida. Ellos constituían una patrulla de exploración, en tanto que Conti y Mopant habían quedado custodiando el cohete.

Ascendieron en largas zancadas un montículo parecido a las dunas de los desiertos terrestres. En realidad, aquel paraje era un espantoso desierto; solo que la arena era sustituida por un polvo gris adherente que hacía recordar la ceniza.

Coronada la eminencia, sus miradas descubrieron una extensión algo más accidentada. Grupos de rocas volcánicas extendíanse en todas direcciones, dando apariencia infernal al paisaje. Una luz lívida, llegada no sabían de dónde, inundábalo todo en claridad fantasmagórica.

Castro se adelantó, y Clayton le vio alejarse hasta quedar oculto tras las rocosidades.

De pronto, le vio aparecer de nuevo haciéndole desesperadas señas para que se aproximara. Clayton llegó junto a él en unas zancadas.

— ¡Cuidado!—le advirtió Castro. Señaló hacia unas rocas a su derecha, y añadió—: He visto relucir el metal de la nave tras esos pedruscos. Acerquémonos con cautela.

Fueron aproximándose agazapados al lugar señalado. Quedaron ocultos tras las últimas rocas y asomaron por un resquicio para ver sin ser vistos.

Un amplio anfiteatro de ceniza abríase ante ellos, rodeado por las masas pétreas. Casi en el centro, la nave espacial que antes vieran en pleno vuelo estaba posada como una enorme hoja seca caída en tierra.

Pero... ¡Cielos! ¡Estaba allí también! Clayton volvióse como un rayo hacia Castro y le señaló en aquella dirección. Su compañero asintió, y dijo:

—Lo estoy viendo, Clayton. ¡Es asombroso! El cohete de Waldon también se encuentra aquí. ¿Qué pretenderá?

—No puedo imaginarlo. ¡Pero Norma estará en él! ¡Hay que intentar salvarla!—gritó Clayton impetuosamente.

—Calma, amigo—Castro frenó el movimiento de Clayton—. Una torpe precipitación daría al traste con todo. Veamos, primero, quiénes son los pilotos.

Quedaron unos instantes vigilando, sintiendo Clayton que los nervios iban a estallarle de impaciencia.

Las dos naves estaban relativamente situadas una cerca de la otra, mas no podía descubrirse ningún rastro de seres vivientes en sus proximidades.

Inesperadamente, Castro se agazapó aún más indicando a Clayton le imitase. Y éste pudo ver entonces algo que le produjo un fuerte estremecimiento.

De las rocas cercanas salían lentamente tres formas espantosas que parecían reptar trabajosamente. ¡Eran iguales a la que él viera de introducirse en Waldon!

Los horrendos seres gesticulaban entre sí, como sosteniendo una excitada conversación inaudible para los dos terrícolas.

Clayton apuntó nerviosamente hacia el grupo, pero Castro le apoyó la enguantada mano en un brazo, diciendo:

—Deje tranquilo ese juguete, Clayton. Conviene observar primero. Si esos gases en que tanto confía no sirven para nada, nos descubriremos y... ¡quién sabe lo que puede ocurrir...!

De repente, la compuerta trasera del cohete de Waldon se abrió. Clayton y Castro, conteniendo la respiración, vieron descender de él a otro de aquellos terribles seres, el cual fue deslizándose sobre la ceniza al encuentro de los otros tres.

Quedaron reunidos y a todas luces sosteniendo una animada conversación, hasta que el que salió del cohete, junto con otro, dirigiéronse de nuevo al proyectil, y los otros dos a la nave espacial en la que penetraron.

Los segundos le parecían siglos a Clayton. ¿Estaría Norma en el interior del cohete? ¡Dios Santo! ¿Cómo habría podido soportar la presencia de aquellas horrendas bestias?

—Parece que las cosas se aclaran—manifestó Castro en aquel momento—. Tenemos que vérnosla con cuatro de esas... garrapatas. Voy a seguir tras esas rocas. Procuraré situarme lo más próximo posible al proyectil. Si, como sospechamos, esos seres han ido por la joven, arremeteré contra ellos y sea lo que Dios quiera. Confío más en un buen golpe de esta barra—enarboló la que sostenía en la mano—que en todos los chorritos de gases que pueda usted lanzar. Sin embargo, écheme una mano si me ve en apuros.

Se deslizó tras las rocas, rodeando el anfiteatro. Clayton le perdió prontamente de vista y quedó en una espera anhelante y atormentada hasta que le viera regresar.

Lo previsto por Castro sucedió exactamente minutos después. Clayton vio, horrorizado, descender del cohete a Norma, embutida en un traje espacial y prendidos sus brazos por los repugnantes tentáculos de aquellos dos seres.

Vibró de emoción contenida y pensó no esperar ni un instante más para entrar en acción.

Los pasos de la joven eran vacilantes, y aunque Clayton no podía distinguir su rostro, no vaciló en suponerla presa del más profundo pánico y horror.

Pero algo ocurrió con velocidad meteórica que atrajo su atención a otro lugar.

De las rocas cercanas situadas tras el cohete, brotó como una exhalación la figura de un Castro amenazador y terrible. Como un acróbata, en un salto alado, cayó junto al grupo, y entonces enarboló la barra metálica descargándola rabiosamente «sobre una de las masas.

La barra pareció hendir aquello, mas no consiguió eliminarlo totalmente, pues, como un rayo, uno de los tentáculos salió disparado hacia Castro hasta hacer presa en una de sus piernas donde quedó adherido.

Castro luchó desesperadamente, descargando terribles golpes a su atacante. Mas aquella masa parecía elástica y esponjosa, no acusando daño alguno ante los golpes.

Todo ocurrió en brevísima fracción de tiempo, antes de que Clayton reaccionara. No obstante sacudiendo su estupor, empuñó el disparador y salió del escondite para prestar ayuda a su compañero.

También los dos tripulantes de la nave acudían en auxilio de los suyos, y cuando Clayton hallábase a escasas yardas de distancia de los luchadores, vislumbró un reflejo metálico en el tentáculo del que aún aprisionaba a Norma.

Sintió un estremecimiento de espanto al ver de lo que se trataba. Aquella bestia empuñaba una pistola automática terrestre. ¡Y la apuntaba al cuerpo del caído Castro! Mientras tanto, Norma forcejeaba intentando desasirse o por evitar que disparara con. acierto.

Rápido como el pensamiento, Clayton apuntó el aparato proyector y dio salida a los gases.

Clayton, aun cuando confiaba en sus efectos, no las tenía todas consigo en cuanto a la segura efectividad de aquel artefacto.

Un chorro potente y blanco brotó como si el humo estuviese solidificado. La sustancia gaseosa envolvió al que intentaba disparar, y en tanto los dos restantes hacían presa también en Castro que luchaba como un titán,, el corazón de Clayton brincó de gozo al ver a Norma, libre ya, corriendo hacia él.

En el lugar que antes ocupara el agresivo guardián, tan solo quedaba una ligera costra solidificada de nitro.

—¡Voy hacia allá, Castro!—gritó Clayton—. ¡Ya son nuestros!

Y disparó hacia el grupo de los combatientes, envolviéndolos a todos

en densos chorros gaseosos. Cuando Castro se incorporó, tras sacudirse la blanca capa de nitro adherida al traje espacial, respiró hondo, satisfecho, antes de exclamar:

—¡Gracias a Dios! Creí que nunca me vería libre de esos...

No supo terminar. Pero su gesto de repulsión fue por demás elocuente.

Norma reconoció a Clayton a través del transparente del casco, y se abalanzó a él con gesto radiante. No podían comunicarse, por carecer Norma del emisor-receptor, mas sus bellos ojos, anegados con lágrimas, eran suficientemente expresivos de la emoción que la dominaba.

Clayton pasó su brazo por los hombros de ella, dándole suaves y afectuosos golpecitos, y Castro oyó, sorprendido, unas palabras emocionadas que Norma no pudo oír:

—¡Al fin, querida! Nunca más nos separaremos. ¡Amada mía! Hasta ahora no he sabido cuánto te amaba...

Y ella, estrechándose junto al pecho de él, parecía también murmurar frases intensamente apasionadas.

Antes de regresar adonde los esperaban sus compañeros junto al proyectil, Castro decidió:

—Aguardadme un momento. Esa nave es tan interesante que no quiero dejar de explorar su interior.

Penetró en ella, y los otros aguardaron, vigilantes.

Al fin salió Castro. Su voz tuvo reflejos de admiración al decir:

—¡Increíble! ¿Sabe, Clayton, que podemos regresar a la Tierra en esa nave? Está perfectamente equipada para ello. Y ¡asómbrese! los cuadros de mando son iguales a los del cohete que hemos pilotado, solo que más perfectos. ¡Vive Dios, que es para asombrarse! ¡En marcha!

El grupo formado por los tres terrícolas avanzó a través de la estéril llanura alejándose de aquel lugar.

Como un mudo y enigmático hito de su hazaña, quedaban en el anfiteatro las dos naves espaciales y unos insignificantes montoncitos de nitro que antes fueran seres animados de vida.

CAPITULO X

Enemigos desconocidos

Al hallarse a salvo en el interior del proyectil, Norma se despojó del casco, al igual que todos, arrojándose en los brazos de Clayton, presa de un histérico ataque de alegría.

— ¡Dick! ¡Querido Dick!—exclamaba, entre risas y lloros, sin saber exactamente lo que decía—. Nunca creí volverte a ver...

Calló de repente, al darse cuenta de que le estaba tuteando por primera vez.

—Cálmate, Norma—aconsejóle Clayton, acariciándole el cabello—. Has debido sufrir terriblemente. No me digas, nada ahora. Pero ya estás a salvo con nosotros. Con Conti, con estos dos amigos, conmigo... Regresaremos a la Tierra y ya nunca, nunca, nos separaremos.

Ella quedó extasiada oyéndolo. Los demás hablaban entre sí, inquiriendo de Castro los detalles de la pasada exploración.

—Dick—musitó ella apagadamente, ya más tranquilizada—, ¿qué has querido insinuar?

—Lo he comprendido al fin. Norma. Te amo con toda mi alma. Hasta perderte no lo he sabido. Los años que hemos pasado juntos trabajando me hicieron considerar como cosa natural tu compañía. Tu voz, tus risas y tus miradas, y todo cuanto de ti me rodeaba, siendo para mí tan importante, no supe jamás cuánto lo amaba hasta saberlo en peligro. Querida, no es éste el momento mejor para confesártelo, mas tal vez lo sea, puesto que aún existen peligros. Ocurra lo que ocurra, Norma, ¡te amaré siempre!

Ella se estrechó a él, dichosa tras el terror pasado, y sus labios murmuraron cariñosamente:

—¡Dick! ¡Mi querido doctor, tan ciego... para tantas cosas!

Y acercó sus labios anhelantes en una hermosa ofrenda de cariño. Clayton la abrazó fuertemente juntando su rostro al de ella.

La voz de Castro los sacó de su éxtasis:

—¡Eh! ¡Por Santa María! Tiempo habrá para hacerse el amor. ¡Por vida de...! Ahora me explico, su interés, Clayton. Es urgente intentar salir de esta ratonera. Saldremos todos en dirección a la nave espacial que inspeccioné. Ya he dicho a Mopant y Conti las magníficas condiciones que reúne. Haremos nuestra entrada en la Tierra pilotando una nave desconocida. ¡Será estupendo! Conque ¡prepárense!

Nuevamente quedaron equipados para salir del proyectil. Conti y Clayton flanqueaban el grupo, provistos con los proyectores de gases, de tan terribles consecuencias para los desconocidos seres. Norma fue equipada con un casco que llevaba adaptado en su interior el emisor-receptor para poder comunicarse con ellos.

La marcha fue rápida, sin los titubeos propios de los que primero exploraron aquella extensión.

Pronto se encontraron junto a la extraña nave, y Mopant penetró en ella seguido por Castro. Tardaron unos minutos en reconocerla, hasta que, al fin, Mopant apareció en la compuerta ojival de la cabina.

Su voz denotaba una intensa satisfacción y seguridad, al decir:

— ¡Arriba todos! ¡Llegaremos a la Tierra! ¡Esto es distinto a la cáscara en que vinimos! ¡Subid pronto!

El interior era espacioso y perfectamente acondicionado para ser tripulado. No obstante, carecía de cámaras u otros departamentos necesarios para la comodidad de seres humanos. Tan solo unas estrechas cavidades, parecidas a enormes conchas vacías, mostraban el lugar de descanso de los anteriores tripulantes.

—Careceremos de atmósfera apropiada para nosotros—informó Castro—No podremos desprendernos de los cascos.

—Eso no importa de momento—arguyó Mopant—. Debemos ahora dedicarnos a transportar aquí todo lo necesario que se encuentra en el cohete. Organizaremos dos grupos. Y cada uno de ellos irá provisto de un soplahumo de ésos—indicó los proyectores, agregando—: Y perdone, Clayton, por nuestras anteriores dudas respecto a su eficacia. Y ahora, manos a la obra.

—Si lo permiten—dijo Clayton—, quisiera proponer algo. Y es esto: opino que no debemos dividirnos. Habrán observado que nuestros movimientos son más rápidos y fáciles; por consiguiente, nuestra fuerza se habrá multiplicado debido a la menor gravedad de este satélite con respecto a la que estamos acostumbrados. Somos cinco, incluida Norma, y es posible que podamos traer todo de una sola vez. Solo Castro sería capaz de traer el proyectil a cuestas —terminó, sonriendo.

—No está mal pensado—aprobó Castro—. Procuraremos hacerlo como ha dicho Clayton.

En efecto, los alimentos y demás útiles imprescindibles del proyectil fueron trasladados a la nave en un solo viaje.

Y, finalmente, los astronautas terráqueos pudieron contemplar, esperanzados, cómo quedaba cerrada la compuerta exterior, y cómo también Mopant y Castro ocupaban los puestos frente a los mandos, con el aplomo y la confianza de quienes estaban muy habituados a ello.

—¡En marcha, amigos! ¡La Tierra nos espera! —anunció Castro a través del emisor.

Un potente estruendo resonó en el exterior, y los viajeros pudieron calcular su violencia por la gran nube de cenizas que levantó a su alrededor.

Antes de que pudieran darse cuenta de otra cosa, halláronse en el espacio, entre las titilantes luces de miríadas de mundos perdidos en el infinito.

* * *

Ya todo parecía resuelto para ellos. Y en aquella intensa calma que los rodeaba, Norma fue refiriendo las extraordinarias circunstancias de su

salida en el cohete. Cuando hubo de referirse al triste momento de la muerte de Waldon, su voz vaciló perceptiblemente y le atacó un temblor nervioso que le hizo prorrumpir en entrecortados sollozos.

Clayton le suministró un calmante y trató de animarla.

—Ya todo pasó, querida—le dijo afectuosamente—. Yo fui el culpable indirecto, al encomendarte la vigilancia de Waldon. Para él ya estaba todo perdido. Aun cuando le hubiera abandonado aquel ser que tenía dentro de sí, nunca más hubiera vuelto a ser un hombre normal. Habríase convertido en una lastimosa piltrafa. Ese algo se nutría de sus células. Puede comprobarse en lo que quedó del piloto espacial a quien antes utilizó.

Tomáronse algún descanso, mientras Mopant conducía la nave. En otras ocasiones, Castro ocupaba su puesto, y así fueron cubriendo algunas etapas.

En una de aquellas ocasiones hallábase Castro en los mandos. Los otros le oyeron murmurar algo apagadamente, hasta que exclamó en voz alta:

—¿Qué diablos sucede aquí? ¡Mopant! ¿Qué es esto?

Agrupáronse todos ante los mandos. Lo que producía la extrañeza de Castro eran dos pequeñas esferitas de metal reluciente coronando a unos flexibles vástagos también metálicos. Una de las esferitas lanzaba vivos y rápidos destellos, y, según eran de prolongados, hacíanla vibrar emitiendo un armonioso sonido.

Mopant observó aquello atentamente, y a continuación apretó un resorte.. La segunda esferita comenzó también a vibrar continuadamente y a emitir destellos y sonidos.

En sucesivos intentos, Mopant llegó a la convicción de que el resorte accionaba tan solo a la segunda esfera, la cual movíase cada vez que era oprimido el botón de mando.

Castro miró intrigado a su compañero, y éste habló con voz extrañamente solemne.

—¿Te has dado cuenta, Castro?—preguntó.

—Creo que sí—afirmó éste seriamente—. Esto se complica, hermano.

—Se ha complicado ya—aseguró Mopant resueltamente, con rostro preocupado, sin separar sus ojos de la primera esfera.

Los demás escuchaban silenciosos la enigmática conversación sostenida por los pilotos. Comprendían, empero, ,que algo grave ocurría en los aparatos. Fue Clayton quien aventuró una pregunta:

—¿Alguna avería?

—¿Avería...? No—respondió Mopant, ensimismado—. No hay avería, pero...

Volvióse repentinamente hacia ellos, y explicó:

—No se trata de ninguna avería. Esa esfera—señaló la que estaba inmóvil—puede ser accionada por su mando correspondiente. En cuanto a esa otra... no.

La esfera referida continuaba vibrando y emitiendo sus sonidos.

—¿Entonces...?—trató de indagar Conti.

—Alguna energía exterior la hace vibrar. Es decir, que algo ajeno a nosotros actúa sobre ella.

—¿Quiere decir...?—inició Clayton, pasmado, sin atreverse a terminar la pregunta.

—Quiero decir, exactamente, que algo o alguien —recalcó la palabra —la hace vibrar y emitir sonidos.

—Y esos sonidos son extrañamente irregulares. Pueden comprobarlo —agregó Castro.

Prestaron, atención unos momentos. En efecto, la esfera movíase caprichosamente, como obedeciendo a esporádicos influjos. Ora alargaba sus vibraciones, ora eran cortas, sucesivas y rápidas... Y el armonioso sonido que producía era diferente en cada una de ellas. Algo así como si estuviera emitiendo las misteriosas y extrañas notas de un idioma ignorado.

— ¡Parece... que... estuvieran... transmitiendo! —silabeó Conti, con sorpresa.

—Efectivamente—confirmó Mopant—. Castro y yo hemos llegado a esa conclusión. ¿No es cierto, grandullón?

—Así es—afirmó el aludido—. Y es inútil tratar de responderles, porque lo echaríamos todo a perder entonces.

—Pero estamos en vuelo—manifestó Clayton— ¿Qué puede importarnos?

—Ojala fuera así—deseó, dudoso, Mopant—. Estamos manteniendo la ruta sin desviarnos. Si quienes transmiten esperan respuesta durante algún tiempo más, pudiera ocurrir... Pero si les extraña este silencio y poseen medios para actuar sobre nosotros...

Un trágico silencio siguió al oculto presagio que encerraban las palabras de Mopant. Continuaron con los ojos fijos en la móvil y armoniosa esfera, que parecía esparcir por la cabina la oculta amenaza de su sonido.

Mopant se dedicó a observar el exterior por los orificios lenticulares, en tanto que Castro permanecía atento a la dirección.

Al cabo de un rato, el silencio fue cortado por la vibrante voz de Mopant.

—¡Ahí está la respuesta!—gritó—. ¡Estamos siendo rodeados por naves espaciales!

Cada cual se abalanzó como pudo a los orificios para atisbar el exterior.

— ¡Maldición!—exclamó Castro, con rabia—. ¡La nave deriva y no puedo rectificar el rumbo!

—¡Inténtalo de nuevo!—ordenó duramente Mopant—. ¡Trata por todos los medios de escapar a este cerco! ¡Si no, estamos perdidos!

—¡No puedo! ¡Los mandos no obedecen!

—Déjalo entonces—aconsejó Mopant resignadamente—. Ahora ya está claro. Somos prisioneros de esa escuadra y sus pilotos nos conducen a

distancia.

—¡Dios mío!—gritó Norma, atrozmente asustada.

—No hay nada que hacer. Al no recibir respuesta a sus mensajes, han actuado rápidamente—puntualizó Mopant—. Esperemos.

Y con tranquilidad pasmosa quedó sentado junto a Castro, quien también dejó los mandos ante la inutilidad de sus esfuerzos.

Ninguno de aquellos dos hombres de hielo se preocupó en absoluto de echar una mirada más a los movimientos de las naves tripuladas por sus aprehensores.

CAPITULO XI

Prisioneros de Yussi

LA nave ocupada por los terrícolas era conducida evidentemente a distancia. Por último, tras un vuelo alucinante a través del espacio y con la inquietante incógnita de no saber adonde serían conducidos, la nave inició un perceptible descenso.

Clayton se hallaba mirando por los orificios especiales, y saltó hacia atrás con gesto alarmado.

— ¡Vamos a estrellarnos!—exclamó—. ¡La nave cae hacia un planetoide!

Norma llegó hasta él, y Clayton le pasó un brazo por los hombros, estrechándola fuertemente. Tanto Conti como los dos pilotos quedaron sobrecogidos esperando el horrible e inevitable final.

La aceleración del descenso aumentaba paulatinamente, haciendo vibrar amenazadoramente el interior de la nave.

Mas suavemente, ésta fue frenando la violencia de la caída hasta que ejecutó un limpio giro que la dejó situada sobre una extensión libre de obstáculos, donde quedó posada con suave movimiento.

Los mandos no respondieron cuando Castro trató de accionar la compuerta de salida. Era evidente que estaban por completo a merced de las otras naves. Los orificios de mira fueron también cubiertos automáticamente, y ellos quedaron por completo aislados del exterior.

Conti empuñó precipitadamente el proyector, y Mopant le imitó. Castro, por su parte, enarboló la barra metálica con un gesto decidido de no muy buen augurio para quienes se le enfrentaran.

El momento era de una angustia opresora. Todos guardaban un absoluto silencio esperando los acontecimientos.

Un sonido metálico hizo que todos dirigieran las miradas ansiosamente a la compuerta. Esta iba descorriéndose lentamente, dejando ver la pista de ceniza donde la nave se posó.

Quedó abierta totalmente. Clayton fue acercándose a ella con cautela, seguido por Mopant que apuntaba al exterior con el proyector de gases.

Al asomarse Clayton retrocedió de un salto repentino. Mas no pudo evitar que Norma también viese lo mismo que él y lanzara un grito de espanto.

A escasa distancia de la nave y frente a la compuerta habían podido descubrir un grupo espeluznante formado por seres como aquellos a quienes se enfrentaron en el satélite.

Pero se trataba de un gran número de ellos. Un número que obligó a Clayton a estremecerse, porque comprendió la imposibilidad de arremeter contra todos con las mínimas probabilidades de éxito.

Y las terribles y malignas pupilas de aquellos seres deformes estaban clavadas en la compuerta de la nave, como esperando la salida de los viajeros.

Formaban un semicírculo amenazador y siniestro, y permanecían en un silencio e inmovilidad impresionantes. Algunos más rezagados iban uniéndose a la barrera formada por los primeros, y sus movimientos eran deslizantes y con un algo repulsivo, como de seres invertebrados.

Clayton se hizo cargo rápidamente de la situación.

—¡Deje eso, Conti!—ordenó—. ¡Y usted también, Mopant! Es inútil de momento. Tan solo en un caso desesperado... Esperemos.

Seis de aquellas bestias habíanse separado del grupo y avanzaron hasta, quedar a escasas yardas de distancia de la compuerta. No parecían animados por intenciones hostiles, y, desde luego, Clayton no pudo descubrir en ellos artefacto alguno que pudieran resultar armas de ataque.

Movieron los tentáculos con movimientos rítmicos como ejecutando algunas señales determinadas. Varias veces repitieron aquellos movimientos y quedaron como esperando.

—Parecen pacíficos—opinó Clayton—. Puede que sus movimientos indiquen que desean tratar con nosotros. ¿Qué hacer?

—En la situación en que nos encontramos, no hay elección—determinó Castro.

—¿Salimos, entonces?—preguntó Clayton.

—Hagámoslo con cautela — aconsejó Mopant— Conti; recoge ese trasto y salgamos juntos. Los demás pueden quedar aquí hasta ver qué ocurre.

—¡Deténganse!—habló Clayton decididamente—. Se encuentran aquí por ayudarme. Es justo que sea yo quien primero salga.

Norma dio un grito, y antes de que pudieran impedirlo, Clayton saltó al exterior y quedó frente al grupo formado por los seis extraños seres.

Estos le rodearon lentamente, observándole con curiosidad. Y de los restantes seres agrupados elevóse en aquel instante un inmenso sonido ululante, parecido a un. lamento extraño y escalofriante.

—¡Maldita sea!—gimió Conti—, ¡Si lo tocan siquiera...!

Apuntó el proyecto hacia el grupo que rodeaba a Clayton y apretó las mandíbulas con férrea decisión,

—¡Hum!—gruñó Castro—. No me gusta nada esto.

Dio unos pasos y quedó colocado junto a la compuerta empuñando la terrible barra. No era menester ser adivino para comprender que estaba decidido a saltar para ayudar a Clayton a la primera oportunidad.

Pero a éste no le amenazaba de momento peligro alguno. Aquellos seres estaban emitiendo raros y modulados silbidos, de extraordinaria semejanza con los producidos por la esfera metálica de la nave.

¡Hablaban! ¡Querían comunicar con él! Clayton llegó a esta convicción al observar la repetición de los silbidos.

Sabiendo la inutilidad de sus esfuerzos, trató de hacerse entender iniciando una serie de movimientos negativos con cabeza y manos. Todo inútil.

Volviéndose hacia sus compañeros, les dijo:

—Pueden bajar. Son inofensivos. Tratan de comunicarse con nosotros. Puede que entre todos consigamos algo.

Al quedar todos agrupados, dos de aquellas masas comenzaron a deslizarse alejándose y volviéndose continuadamente.

—Debemos seguirlos—manifestó Clayton—. Eso parecen indicar.

Con gran precaución caminaron lentamente tras los improvisados guías. Conti y Mopant empuñaban los proyectores atentos a cualquier sorpresa. La barrera formada por aquellos seres se abrió, dejando paso a los terrícolas. Norma, cogida a Clayton, desviaba la mirada por no ver aquellas repugnantes formas.

Antes de que llegaran a una gran eminencia rocosa a donde se dirigían, Castro miró hacia atrás y anunció:

—Están penetrando en la nave. Traemos tras nosotros a todo un ejército de estos tipos.

Siguieron a los guías. Terminada la extensión de ceniza, rodearon la gran masa pétrea, caminando ahora sobre un espacio cubierto por finas cristalizaciones de color ferroso.

Clayton, interesado, se inclinó para recoger un puñado de aquel mineral.

—Mira, Conti—le dijo—. |Es curioso! Todo este espacio está cubierto de trifilina.

Se le acercó Conti y reconoció las cristalizaciones.

—En verdad—observó—, este planetoide haría rico a cualquiera.

La llanura terminaba en una pared rocosa en la que aparecían enormes grietas. Mas ni el menor rastro de vegetales pudieron descubrir.

—Observen la extraña simetría de esas grietas—indicó Clayton.

En efecto, las fisuras estaban situadas a distancias regulares, y cuándo ya estaban próximos a ellas, vieron otras formas que parecían custodiarlas.

— ¡Son entradas!—exclamó Mopant—. ¡Estos seres viven subterráneamente!

Tuvieron un momento de indecisión antes de traspasar una de aquellas entradas, tal como hicieron los que les precedían.

—Adelante—decidió Castro, haciéndolo el primero—. Al primer movimiento sospechoso, abro en dos al tipo que llevo delante.

El pasadizo iba oscureciéndose a medida que avanzaban por él. Llegaron hasta una brusca desviación, y, al tomarla, vieron a lo lejos una claridad extraña, apagada y blanca, como fosforescente.

Y el asombro los dejó petrificados al desembocar en la amplia rotonda socavada en la roca viva y capaz de albergar a, miles de personas.

Eran las paredes de gran altura, rosáceas y pulidas, con algunas vetas azules que dábanles apariencias de mármoles rarísimos. A lo largo de su altura, multitud de socavones parecidos a pequeñas hornacinas, rodeábanlas. Unas gradas al fondo servían de asiento a gran número de aquellos seres que, silenciosamente, observaban la llegada de los extraños viajeros.

Ocupaban huecos parecidos a conchas, y hallábanse acoplados a ellos de tal forma que solo sobresalían los dos repulsivos tentáculos y la protuberancia que debía ser la cabeza.

—Esto parece el teatro de estas gentes—opinó Castro burlonamente —. Nos traen como una novedad.

Su rostro, sin embargo, mostraba preocupación, y su mano enzarpaba nerviosamente la barra.

Clayton, entretanto, contemplaba la extraña y curiosa iluminación de aquel recinto. Constituíala una serie de bloques redondeados y colocados sobre pedestales de piedra alrededor del anfiteatro. Despedían un resplandor blanco, suave, que lo inundaba todo en una claridad fantasmagórica.

—¡Piedras fosfóricas!—murmuró asombrado.

—Esto es un mundo maravilloso, si no fuera... —y Conti dejó sin terminar la frase que denunciaba sus temores.

Los dos seres que los habían guiado hasta que quedaron frente a los que permanecían en sus huecos. Lanzaron una serie de silbidos, que fueron contestados por los otros. Permanecieron un buen rato sosteniendo aquella extraña conversación, hasta que los que parecían llevar la voz cantante volviéronse hacia los terrícolas.

Uno de ellos emitió un largo silbido, agudo y penetrante, que obligó a ponerse en actitud de alerta a Clayton y sus compañeros. Pero el ataque les llegó de donde menos podían esperarlo.

De improviso, de las hornacinas elevadas más próximas brotaron las largas serpientes de cientos de tentáculos, que les aprisionaron brazos y piernas en cosa de segundos, dejándolos inmovilizados.

—¡Malditos bichos!—rugió Castro, pugnando por desasirse—. ¡Nos la han jugado!

Intentaban librarse con rabia, furiosamente, pero sin conseguirlo. Los que les aprisionaban descendían lentamente adheridos a la lisa pared, a semejanza de pulpos monstruosos.

Quedaron tendidos, indefensos, a merced de las bestias. Y entonces, una de las que los condujeron acercóse a ellos y tendió uno de sus tentáculos hacia la garganta de Conti.

—¡Uf!—sopló éste con repugnancia al notar cerca de sí el tentáculo.

Norma habíase desvanecido, pero los restantes, sin dejar de forcejear, miraban hacia el infortunado Conti, al que arrastraban cuatro de aquellos monstruos en dirección a las gradas.

Y entonces cesaron todos en sus esfuerzos por liberarse, porque lo que vieron a continuación los dejó paralizados.

Mientras las bestias tendían a Conti en el suelo, vuelto hacia arriba, sujetándole brazos y piernas extendidos, el monstruo que le señaló maniobró en el cierre del traje espacial de Conti.

—¡Intenta abrirlo!—gritó Mopant ciego de rabia.

—¡Lo matará!—bramó Castro, ejecutando una violenta contorsión

para sacudirse a sus aprehensores.

Pero todo ocurrió con rapidez fulmínea. Tan pronto la bestia abrió un cortó espacio del traje, penetró en él con la ductilidad del humo, y cerró nuevamente desde el interior.

Los compañeros de Conti quedaron anhelantes, estremecidos de horror.

—¡Penetrará en él!—murmuró Clayton, espantado.

Y así fue. Transcurridos unos minutos, los que sujetaban a Conti le dejaron libre, y éste se incorporó con agilidad.

Miró hacia los monstruos que ocupaban las gradas y luego se encaminó hacia sus vencidos compañeros. Dos de aquellos monstruos recogieron los proyectores desapareciendo con ellos por el pasadizo.

—Amigos—habló Conti—; estos seres no quieren haceros daños. Seréis libres. Pero no intentéis nada contra ellos.

Clayton le miraba con ojos desorbitados, mientras Castro murmuraba un sinnúmero de amenazas para los que hubieran causado daño a Conti. No obstante, en la mente de todos quedaba la espantosa experiencia de lo ocurrido con Waldon.

—En pie—ordenó Conti, y los monstruos dejaron libres a los prisioneros.

Corrió Clayton hacia la desvanecida Norma y quedó arrodillado junto a ella, hasta que la joven fue recuperando el conocimiento.

—¡Es espantoso, Dick! ¡Mi razón flaquea!—murmuró.

—¡Ten ánimo, por Dios!—la alentó Clayton—. No perdamos la esperanza de salir con vida.

—Atiendan, amigos de otro mundo—la voz de Conti prendió la atención de todos. Era su tono solemne y reposado, y Norma le miró asombrada.

—¡Conti! —exclamó.

—Calla ahora, Norma—recomendóle Clayton—. Escuchemos lo que diga. Ya te explicaré.

Tras aquella interrupción, Conti prosiguió:

—No es vuestro compañero el que habla ahora. Lo hace un científico de Yussi, el mundo en que os halláis. He tenido que adoptar este procedimiento de introversión ante la imposibilidad de entendernos. Sin embargo, nada ocurrirá a vuestro compañero. Sus células quedarán intactas.

Se tomó una pausa y les indicó que se aproximaran.

—Nuestro mundo fue atacado por vosotros inesperadamente. Lanzaron sobre nosotros bacterias desconocidas que nos produjeron una espantosa y lenta enfermedad. Seremos exterminados inexorablemente.

—¡Los gérmenes cultivados!—saltó Clayton impulsivamente—. ¡Llegaron! ¡Estuve en lo cierto!

—Llegaron, en efecto, extraño ser—replicó Conti—. ¡Y ahí tienes el resultado!

Señaló enérgicamente hacia las gradas y varios monstruos deslizáronse hasta quedar ante los terrícolas.

—¡Mirad vuestra obra!—indicó Conti las repugnantes llagas que cubrían aquellas masas gelatinosas. Enviamos a Klens, uno de nuestros científicos, con el fin de que abriera las rutas del espacio hasta llegar a nosotros. Lo consiguió, pero fue eliminado por vosotros en el satélite. Recibimos antes un extraño mensaje suyo, y eso es lo que queremos saber de vosotros. Nos comunicó Klens que era posible recoger la sustancia que necesitamos, y que circula por vuestros cuerpos, sin necesidad de los seres vivos. ¿Cómo puede ser eso?

Quedó esperando respuesta. Clayton avanzó unos pasos y quedó enfrentado a él.

—Yo puedo explicártelo—aseguró—. Pero antes quiero decirte que no fue nuestra finalidad atacar tu mundo ni causar daño a los seres que lo habitan. Creímos que este planetoide estaría deshabitado, y quise demostrar que las bacterias cultivadas podrían sobrevivir en él.

—Ya has visto como así ha sido.

—Sí. Y te prometo que haré cuanto pueda por reparar el daño. En anteriores investigaciones ordenadas por ese Klens de que hablas, conseguimos descubrir en nuestra sangre unos elementos Capaces de atacar a esas bacterias. Preparamos un proyectil con plasma sanguíneo, pero no llegó a ser lanzado. Lo utilizamos para perseguir a Klens, que cometió también en nuestro mundo actos que están penados.

—En defensa de su mundo—aseveró Conti.

—Puede que lo fuera, pero lo desconocíamos. En definitiva, puedo conseguir en mi mundo que sean lanzados proyectiles con plasma para que sea utilizado en Yussi.

—No creerás que confiemos en eso. Poca cantidad representa vuestra sangre, pero no la dejaremos escapar.

Los terrícolas se estremecieron al oírlo. Escucharon con ansiedad las palabras de Clayton.

—No conseguirán nada. La enfermedad continuaría su avance hasta vuestro total exterminio. Sé que dudáis de mi promesa, pero no existe otro... ¡Sí! —gritó, súbitamente animado—. Existe otro procedimiento que fue desechado por no ser de aplicación a los seres de mi mundo.

—¿Qué procedimiento es ése?

—Litio. Los cristales de litio destruyen a esas bacterias. Pero no es posible hacerlo ingerir en cantidad...

—¿Ingerir?—preguntó Conti—. En Yussi resulta fácil. Somos un pueblo de geófagos.

— ¡Geófagos! ¿Es posible? ¡Dios mío! ¡Esa es la solución!

—Admiro tu optimismo. Mas ha de ser seguro...

—He podido ver gran cantidad de un mineral llamado en mi mundo trifilina—le interrumpió Clayton, atropellándose por la emoción—. Ese

mineral contiene litio en gran cantidad. Que los enfermos ingieran todo el que puedan. Ello puede salvarlos.

—De acuerdo. Espero que así sea, por vuestro bien. No queremos hacer daño a los habitantes de otros mundos. Queremos solamente vivir en paz. Pero si ese remedio que dices es ineficaz, será utilizada vuestra sangre..,y la de los seres de tu mundo.

Hizo Conti una extraña señal y varios monstruos acercáronse a los terrícolas. Norma se estremeció violentamente y Conti percibió su repugnancia.

—No seréis tocados por ellos. Pero os advierto que es inútil intentar nada. Os conducirán a la cámara especial de atmósfera acondicionada, Allí podréis estar sin los cascos.

Conti y dos de aquellas bestias los condujeron a través de un pasadizo a la oculta cámara donde antes estuviera alojado Klens.

Los generadores de atmósfera terrestre entraron en acción, y la cámara quedó inundada con el vivificante aire que tanto ansiaban los viajeros espaciales.

CAPITULO XII

El fin de una pesadilla

Cuando la nave espacial atravesó las capas superiores de la atmósfera terrestre, los corazones de los viajeros parecieron ir a estallar de gozo.

— ¡La Tierra! ¡Bendita sea!—gritó Castro con gozo.

La nave cruzó a gran altura por la parte iluminada del Globo y descendió hacia el hemisferio sumergido en la noche.

Había quedado atrás el recuerdo de la atroz aventura. De los días encerrados en la cámara transparente de atmósfera artificial, esperando anhelantes e inquietos los resultados del procedimiento indicado por Clayton.

Fueron jornadas espantosas, alimentados con materias artificiales y nauseabundas que les producían náuseas.

Hasta el momento en que Conti los condujo de nuevo al anfiteatro subterráneo y les anunció con voz grave:

—Los resultados han sido satisfactorios. Gracias al mineral indicado por ti—dirigióse a Clayton—hemos conseguido eliminar la enfermedad a seis de nuestros científicos que se prestaron a la prueba. Otros muchos han sido sometidos a esa original cura y acusan rápidos progresos. Cumpliremos con vosotros nuestro deseo de continuar viviendo en paz. No somos guerreros.

—¿Entonces...?—indagó ansiosamente Clayton.

—Seréis conducidos a vuestro mundo — replicó Conti—. Y este ser dentro del cual me hallo volverá a la normalidad. Solo me resta pedir que habléis de Yussi en vuestro mundo. Que deis a conocer nuestras intenciones pacíficas. Que pueden intentar llegar a Yussi, el que antes fuera mundo de seres condenados por vuestra causa. Siempre serán bien recibidos por nosotros los avances científicos... no destructivos.

A continuación, asistieron de nuevo al escalofriante desdoblamiento de Conti. Y cuando el yussiano salió de él, Conti se reunió a sus compañeros en medio de delirantes abrazos.

Fueron embarcados en la nave espacial conducida por dos yussianos, que ya no les parecieron tan repugnantes, y ahora se encontraban en pleno vuelo sobre el conocido contorno del continente africano.

Un impresionante pero suave descenso dejó posada la nave en una amplia extensión verdeante. A lo lejos veíanse algunas luces, mas aquel lugar aparecía desierto. Las negras siluetas de la lejana arboleda tenían negrura de tinta china sobre el fondo estrellado del firmamento.

Y el blanco disco de la luna parecía navegar, reflejado, en las ondas de un lago.

—Pero...—tartamudeó Clayton—¡si es el Magali! ¡Estamos en Kenia!

Un potente silbido sonó a sus espaldas, y, al volverse, vieron a la nave espacial perderse en la noche como un fantasma meteórico.

—¡Adelante, amigos ¡—gritó Clayton alegremente, prendiendo del talle a Norma—. ¡Estamos en casa!

Avanzaron rápidamente, con el deseo incontenible de ver otros rostros humanos, de oír voces humanas también.

Caminaban a oscuras, bordeando el lago, guiados por Clayton que conocía el terreno.

De pronto, Norma tropezó desprendiéndose del brazo de Clayton.

— ¡Norma!—la llamó con inquietud—. ¡Norma!

Tanteó a su alrededor, sin encontrarla.

—¡Norma! ¡Querida!—gritó con angustia—. ¿Dónde estás?

—Aquí estoy, Dick—respondió ella con voz tranquila, pasándole su fina mano por el brazo.

Clayton la miró, asombrado. ¿De dónde venía aquella luz que los iluminaba? ¿Y dónde...?

Giró la vista, estupefacto. ¡Se encontraba sentado en un sillón junto a Norma, en la terraza de su alojamiento !

Miró hacia arriba y vio la rústica pérgola cubierta por las plantas trepadoras.

—¿Qué es esto?—tartamudeó—. ¿Dónde estamos? ¿Y Conti, Castro y Mopant...?

—¿Quiénes son? Nunca los oí nombrar—replicó Norma—. Salimos a fumar un cigarrillo y usted se quedó dormido sin llegar a consumirlo. Debe estar rendido. No quise despertarle y continué aquí sentada. La noche es magnífica.

—¡Normal ¡No es posible! ¿Entonces...? ¿Todo fue...? ¿No le he dicho que la amaba, Norma? ¿Ni que...?

—No; aún no me lo ha dicho—aseguró ella con calma—. Llevo años esperándolo, no crea. Pero confío que alguna vez lo hará.

—¿De veras lo dice, Norma?—preguntó él, radiante—. ¿Tú también...?

—Naturalmente, bobo. ¿Por quién, si no, estoy aquí comida de mosquitos? ¿No te has dado cuenta, ciego?

Ella sonrió, feliz, al sentirse abrazada por el hombre a quien más amaba en el mundo, sin que hasta ahora se diera él cuenta.

—¡Querido, por favor!—protestó, complacida—. ¡Cualquiera diría que acabas de regresar de un largo viaje...!

—Así es; amor mío. ¿Sabes lo que haremos? Terminaremos esta maldita investigación y marcharemos a Europa. Nos casaremos y estaremos una larga temporada lejos de todas estas cosas.

—¡Cielos!—exclamó ella, burlona—. Este sueño tuyo ha sido maravilloso. Parece un cuento de hadas.

—Casi lo es, Norma. Es un cuento de ficción científica. Mira—extrajo una pequeña novela de bolsillo—. Anoche comencé a leerla. Siempre lo hago antes de dormir.

Ella leyó el título:

—"Viajero espacial" ¿Es interesante?—preguntó a continuación.

—Sí. Estas novelas cumplen perfectamente una misión: entretener o hacer dormir. Esta comienza por un viajero que llega de otro mundo... y me hizo soñar. Solo siento una cosa.

—¿Qué es ello?

—Que he perdido tres magníficos amigos.., que nunca han existido— se lamentó Clayton con gesto exageradamente apesadumbrado.

—Bueno; pero me has hallado a mí, ¿no es cierto?

Y sonrió tan encantadoramente, que Clayton se sintió más que compensado de la pérdida de aquellos esforzados compañeros perdidos en el mundo de los sueños.

—Hemos de retirarnos —aconsejó ella—. Ya es tarde. Acaban de dar las doce de la noche.

Al marchar cada uno a su alojamiento, los parpadeos de las lejanas estrellas parecían hacer guiños picarescos, como celebrando alguna travesura del espacio.

F I N

A raíz de unos explicables accidentes ocurridos durante la exploración del treceavo planeta habitable de la constelación del Centauro, en la Tierra se formó la creencia de que sobre aquel mundo pesaba una extraña maldición y, por lo tanto, no debía ser colonizado. Para desmentir estos rumores, una expedición de cinco mil colonos partió hacia

EL PLANETA MALDITO

¿Cuál era el origen de aquellas huellas cortadas bruscamente en mitad de la pradera?
¿Quién era el misterioso ser que aparecía de repente a los colonos, desapareciendo tal como había venido?
¿Era en realidad, como él mismo se calificaba, el genio del planeta?

P. DANGER

nos ofrece una obra en la que la fantasía se combina con la realidad para ofrecer un relato tenso, apasionante, que no puede abandonarse hasta llegar al final sorprendente e inesperado.

EL PLANETA MALDITO

Una novela cuyo tema le subyugará, trasladándole a la magia del día en que el hombre haya logrado llegar a las estrellas.

Un nuevo éxito de la ya inigualable Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: 6 pesetas